LOS HOMBRES de la historia 101

La Historia Universal a través de sus protagonistas

Cavour

Arnaldo Salvestrini

Centro Editor de América Latina

El 10 de agosto de 1810 nació en Turín, Camilo Benso, hijo menor del marqués Miguel Benso de Cavour y de Adela de Sellon, de la nobleza protestante ginebrina. En la nueva Europa edificada sobre las ruinas de la aventura napoleónica y sobre la restauración del derecho divino, y de la cual Piamonte era una pieza secundaria pero necesaria, los aristócratas se permitían ventajas no accesibles a los comunes mortales pero imponían al mismo tiempo sus férreas leyes de conservación en el interior mismo de la casta dominante, por lo que el destino de un segundón estaba signado: la estola o la espada.

Para el pequeño Camilo se eligió la carrera militar, la que debió abandonar en 1831 a causa de sus opiniones poco ortodoxas abiertamente profesadas.

Pero tal vez por no haber perdido nunca contacto con la vida y con los ambientes reales de su país y por no haberse alejado de la realidad social concreta para refugiarse en abstractas construcciones teóricas, nutrió - entre crisis a veces violentas, evasiones desordenadas, íntimas revoluciones desesperadas - un constante y creciente interés por los fenómenos sociales, las cosas del mundo, la historia de los hombres. Era casi inevitable que ingresara en la política activa.

Cuando después de 1848, el Piamonte permaneció como el único estado italiano con un gobierno constitucional, aun cuando no del todo parlamentario, se convirtió en el lugar donde germinarían las semillas arrojadas en el 48 y florecerían en aquellas fuerzas de progreso y libertad a través de los hombres que supieron hacerlas madurar: primero entre ellos Camilo de Cavour, que en la política de consolidación civil y militar y de liberación de las estructuras de su pequeño Estado supo implantar la idea unitaria predicada y testimoniada por Mazzini y tantos patriotas, que finalmente debía conducir a la formación de una nueva estructura estatal surgida sobre los despojos del "antiguo régimen".

Inspirador de la política italiana, Cavour logró dar un contenido concreto a la revolución burguesa de su patria, creando situaciones objetivas que obligaron a todas las fuerzas del progreso a estrecharse bajo una bandera unitaria y reduciendo a los adversarios de la unidad monárquica.

Murió el 6 de junio de 1861.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Andreina Rossi Monti, Paolo Zucconi

101 - Cavour - El siglo XIX: Las revoluciones nacionales

Este es el primer fascículo del tomo El siglo XIX: Las revoluciones nacionales (Vol. 3)

La lámina de la tapa pertenece al tomo El siglo XIX: Las revoluciones nacionales (Vol. 3) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo N° 101:
Alinari: p. 5 (3.4); p. 27 (1).
F. Arborio Mella: p. 3 (1); p. 7 (4,5); p. 9 (1,2); p. 10 (1); p. 11 (3.4.5); p. 12 (1); p. 13 (2); p. 16 (1,2,3); p. 23 (1); p. 25 (1).
Scala, Florencia: pp. 14-15 (1-5); p. 19 (1,2).
A. Zennaro: p. 6 (3); p. 20 (1,2); p. 25 (2); p. 26 (2).

Traducción de Antonio Bonanno

Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en Mayo de 1970

Cavour

Arnaldo Salvestrini

1810
10 de agosto. Camilo Benso nace en Turín, hijo menor del marqués Miguel Benso de Cavour y de Adela de Sellon, de la nobleza protestante ginebrina.

1820
1º de mayo. Entra en la Academia Militar de Turín, conducido por el preceptor de su casa, abate Frézet, que allí enseñaba.
1º y 2 de julio. Movimientos carbonarios en Nápoles.

1821
Enero-marzo. Movimientos carbonarios en Piamonte.

1824
Carlos Alberto nombra a Cavour paje de Corte.

1826
Egresa de la Academia con el grado de teniente de Ingenieros y es asignado a la Dirección de Ingenieros militares de Turín.

1828
Es enviado con otros oficiales a realizar estudios para las fortificaciones de Ventimiglia. Luego a Exilles y a Lesseillon.

1830
Marzo. Enviado a Génova a la Dirección de Ingenieros militares. Inicia su relación con la condesa Ana Corvetto Giustiniani.
Julio. Revolución en París: son derribados el ministro Polignac y el rey Carlos X. Luis Felipe, rey de los franceses; entusiasmo de Cavour manifestado abiertamente en la guarnición.

1831
Enero. Traslado a Turín.
5 de marzo. Traslado al fuerte de Bard.
12 de noviembre. Firma su renuncia al Cuerpo de Ingenieros.

1832
Setiembre. Traba relación con el embajador francés en Turín, barón Prosper de Barant, y con los agregados De Sesmaisons y D'Haussonville.

1833
Verano. Larga permanencia en la villa del Bocage cerca de Ginebra, con los parientes De Tonnere, y en la villa La Fénêtre, con los parientes De Sellon y Maurice. Se establece en Grinzane.

1834
Verano. Reanuda su relación con la condesa Giustiniani. Diciembre: en Ginebra.

1835
Enero. Aparece editado su primer trabajo, anónimo: *Extrait du Rapport des commissaires de S. M. Britannique qui ont éxécuté une enquête générale sur l'administration des fonds provenents de la taxe des pauvres en Angleterre* [Extracto del Informe de los comisarios de S. M. Británica que realizaron una encuesta general sobre la administración de los fondos provenientes del impuesto de pobres en Inglaterra].
Febrero-julio. Primer viaje a París, Inglaterra y Bélgica. El 7 de julio conoce a Gioberti en Bruselas.
27 de junio. El padre es nombrado jefe de policía de la ciudad de Turín. Camilo asume la administración de la hacienda de Leri. Comienza el ministerio Solaro della Margarita.

1836
1º de abril. Parte hacia Villach para adquirir un rebaño de carneros húngaros para enviar a Egipto. Atraviesa Lombardía y el Véneto: primer viaje por las regiones italianas y primer contacto con la policía austríaca. Diciembre. Miembro de la Comisión superior de estadística.

1837
14 de abril. Muerte de su tío De Tonnerre: Camilo se ocupa de la herencia. En verano, viajes a Francia y Suiza.

1838
Casi siempre en Francia y en Ginebra. En agosto viaja a los baños termales de Valdieri para asistir a la madre enferma.

1839
Con Carlos Boncompagni, Federico Sclopis, César Alfieri, Pedro Santarosa, Lorenzo Valerio, etcétera, funda la Sociedad para los Asilos de Infancia. Frecuenta las embajadas en Turín. Organiza bailes mixtos de aristócratas y burgueses.
7 de junio. Muere en Belfort el tío De Sellon.
Julio. Muere en la casa Cavour el preceptor, abate Jean Frézet.
Verano. Viaje a Suiza.

1840
En Turín, se ocupa de asuntos familiares.
Junio-octubre. En París, especula en la Bolsa con la crisis de Siria y pierde más de 20.000 francos.
Noviembre. En Turín, agente subordinado del padre. Malos resultados de la Compañía Saboyana de barcos de vapor.

1841
Restauración del fuero eclesiástico en Piamonte. Según el modelo de los clubes ingleses, funda la *Societé du Whist.*
22 de noviembre. Se encuentra presente en la revolución de Ginebra y no parece simpatizar con los radicales.
Publica un ensayo *Sobre la economía rural de Piamonte y especialmente sobre la cría de gusanos de seda a domicilio.*

1842
Se halla entre los fundadores de la Asociación Agraria. En octubre y noviembre se encuentra en París.

1843
Publica *Consideraciones sobre la poca conveniencia de establecer granjas modelos en Piamonte.* Todavía en París.

1844
25 de julio. Fusilamiento de los hermanos Bandiera y de otros patriotas. Publica *Considérations sur l'état actuel de l'Irlande et sur son avenir* [Consideraciones sobre el estado actual de Irlanda y su futuro].

1845
Publica *De la question relative a la législation anglaise sur le commerce des céréales* [Sobre la cuestión relativa a la legislación inglesa referida al comercio de cereales].
6 de marzo. Renuncia de César Alfieri a la presidencia de la Asociación Agraria y cuestión de la sucesión.
23 de setiembre. Tumultos en Rímini.

1846
Publica el ensayo *Des chemins de fer en Italie* [Ferrocarriles en Italia].
11 de enero. Se inaugura el ferrocarril Venecia-Padua-Vicenza.
17 de marzo. El rey se reserva el nombramiento del presidente de la Asociación Agraria. Cavour no participa en el congreso de Casale, de setiembre.
1º de junio. Muere Gregorio XVI.
16 de junio. Elección de Pío XI, que el 16 de julio concede la amnistía.

1847
Publica el ensayo *Sobre la influencia que la nueva política comercial inglesa debe ejercer sobre el mundo económico y sobre Italia en particular.*
6 de agosto. Ocupación austríaca de Ferrara.
15 de diciembre. Aparece el primer número del *Risorgimento*, en cuyas páginas insistirá sobre la política moderada de las reformas, del justo medio y de la idea nacional.

1848
23 de marzo. Piamonte declara la guerra a Austria; tropas toscanas, napolitanas y del Estado Pontificio se unen a Carlos Alberto.
8 de mayo. Se inaugura la Cámara de Diputados subalpina: Cavour, vencido en los cuatro distritos en los que presentaba candidatura, será elegido en las suplementarias de junio. Su primer objetivo, la idea de una asamblea constituyente propugnada por Gioberti y los demócratas.

1849
28 de marzo. Derrota de Novara y abdicación de Carlos Alberto. Cavour, si bien apoyando el ministerio de d'Azeglio y uniéndose a la derecha piamontesa, trata de contener la corriente reaccionaria y salvaguardar las libertades constitucionales ante eventuales golpes de estado.
20 de noviembre. Proclama de Moncalieri; las nuevas elecciones envían a la Cámara una mayoría moderada.

1850
Cavour apoya a las leyes Siccardi que anulan el derecho de asilo y el fuero eclesiástico, e impulsa con energía a d'Azeglio a emprender un programa de reformas para vencer a la oposición democrática; muerto Santarosa, ministro de Agricultura, Cavour es invitado a asumir, aparte del de Agricultura, el ministerio de Marina.

1851
Con la renuncia de C. Nigra, Cavour obtiene el ministerio de Finanzas.

1852
Febrero. El "connubio" con Rattazzi logra sustraer al Piamonte del control de los ultrarreaccionarios, cuya posición se estaba afirmando en el plano europeo a continuación del golpe de estado de Luis Napoleón (2 de diciembre de 1851).
4 de noviembre. Obligado d'Azeglio a renunciar, Cavour recibe el encargo de formar el gobierno; Rattazzi obtiene la presidencia de la Cámara de Diputados. La reacción en Italia está en su apogeo: proceso de los mártires de Belfiore.

1853
6 de febrero. Insurrección popular en Milán, cuyo fracaso origina la crisis del movimiento mazziniano. El secuestro por parte de Austria de los bienes de los patriotas lombardos refugiados en Piamonte provoca una firme reacción por parte de Cavour. Intensa actividad del ministro Cavour en el campo económico, en los ferrocarriles y en los armamentos.
18 de octubre. La crisis que ha perjudicado a la agricultura piamontesa, la caída de los títulos de Estado en la Bolsa de Turín, la no abolición del impuesto sobre el grano, son explotados por las fuerzas reaccionarias que organizan un asalto al palacio Cavour. Disuelta la Cámara, las nuevas elecciones (8 de diciembre) refuerzan la mayoría gubernativa; movimientos reaccionarios en Val d'Aosta.

1854
10 de abril. Francia e Inglaterra colaboran para salvar a Turquía de la tentativa del zar Nicolás I de establecerse en el Mediterráneo; Cavour acepta la invitación de las dos potencias de participar en la guerra; un contingente de 15.000 hombres, bajo el comando de A. Lamarmora, parte hacia Crimea.

1855
Abril-mayo. Crisis: el obispo de Casale se opone a la confiscación de los bienes de las órdenes religiosas no dedicadas a la beneficencia, y la presión del papa sobre Victorio Emanuel lleva a la renuncia de Cavour, luego vuelto a llamar.
16 de agosto. Batalla de Cernaia.

1856
25 de febrero. El congreso de París comienza sus tareas para discutir la cuestión oriental. Cavour, invitado en paridad de derechos con los ministros de las potencias europeas, obtiene, en una sesión supletiva, que se discuta la cuestión italiana, logrando conquistar el consenso francés e inglés contra la política austríaca.

1857
La "Sociedad Nacional" promovida por Manin, Pallavicino y La Farina y que obtiene, en base a un programa monárquico unitario, la adhesión de numerosos ex mazzinianos (Garibaldi) se convierte en el instrumento de la política de Cavour.
La política de Mazzini es puesta en crisis por el fracaso de la tentativa de C. Pisacane, desembarcado en Sapri (28 de junio).
15 de noviembre. Las elecciones en Piamonte registran el crecimiento de la derecha reaccionaria. Cavour, aun permaneciendo en el gobierno, debe modificar en parte la línea política, renunciando a la ley sobre el matrimonio civil y a la confiscación de todos los bienes de la Iglesia.

1858
Atentado de Félix Orsini contra Napoleón III. Durante el proceso, que concluirá con la condena a muerte, Orsini escribe dos cartas a Napoleón invitándolo a dedicarse a la independencia de Italia.
21-22 de julio. Acuerdo de Plombières: los contactos directos entre Cavour y Napoleón, fuera de las vías diplomáticas normales, concluyen con un pacto secreto. Se concreta, en base defensiva, la alianza franco-piamontesa: sólo en caso del ataque de Austria, Piamonte puede contar con la ayuda francesa.
En caso de victoria aliada, el orden político de Italia prevé: expansión de Piamonte sobre todo el valle del Po, Romaña y las Legaciones pontificias; creación de un reino de Italia central con parte del Estado Pontificio y Toscana; intacto, el reino de Nápoles en el sur; al papa, Roma y el territorio que la circunda, aparte de la presidencia de los cuatro Estados italianos. A Francia se le cederá Saboya y eventualmente Niza.

1859
1º de enero. Ruptura a nivel diplomático entre Napoleón III y Austria.
10 de enero. Victorio Emanuel II, en el discurso de apertura del parlamento subalpino, afirma: "No somos insensibles al grito de dolor que desde tantas partes de Italia se eleva hacia nosotros."
24 de enero. Firma del tratado de alianza militar entre Piamonte y Francia.
30 de enero. Gerolamo Bonaparte se casa con la princesa Clotilde de Saboya.
23 de abril. Ultimátum de Austria a Piamonte: se pide el desarme inmediato y el licenciamiento de los voluntarios. Ante la respuesta negativa de Cavour (26 de abril), Giulay atraviesa el Ticino.
24 de junio. Batalla de Solferino y S. Martino.
11 de julio. Villafranca: Francisco José y Napoleón III se encuentran para establecer los preliminares de la paz. Victorio Emanuel suscribe el armisticio, comprometiéndose sólo por lo que respecta directamente a Piamonte.
31 de julio. Renuncia de Cavour, tomado por sorpresa por el armisticio; lo sucede el gabinete Lamarmora-Rattazzi. En tanto en Toscana, Módena, Bolonia y en las Legaciones pontificias, los gobiernos provisionales solicitan la anexión a Piamonte.
6-9 de noviembre. Oposición de Napoleón III a la designación de Eugenio de Carignano como regente de los cuatro Estados centrales: Boncompagni es nombrado "gobernador" de las provincias unidas.

1860
21 de enero. Caído el ministerio Lamar-



1

1 Camilo Benso, conde de Cavour. Museo del Resurgimiento, Turín (SEF).

En las páginas siguientes:

1, 2. Calle que lleva a la finca de Leri y una esquina con las casas para los campesinos y las pocilgas. De Cavour a cargo de Roberto Leydi, Trevi, Milán, 1961.

mora-Rattazzi, Cavour forma el nuevo gobierno, reservándose para sí, aparte de la presidencia, los ministerios de Interior y Exterior. Convencido de la posibilidad de anexar Italia central luego de la cesión de Saboya y Niza a Francia, Cavour anuncia los plebiscitos en Emilia y en Toscana.
11-12 de marzo. Emilia y Toscana votan la anexión al Piamonte; Niza y Saboya, con plebiscito, pasan a Francia.
5-6 de mayo. A pesar de las preocupaciones de Cavour, comienza la expedición de los Mil, auspiciada por Victorio Emanuel II.
13 de mayo. Proclama de Salemi: Garibaldi asume la dictadura de Sicilia en nombre de Victorio Emanuel II.
7 de setiembre. Garibaldi llega a Nápoles. Mazzini insiste para que la decisión del ordenamiento futuro de Italia sea confiada a una Constituyente italiana.
No obstante la represión de los movimientos campesinos manejada por Bixio, Cavour teme una revolución republicana y social y obtiene de Napoleón III el consentimiento para una intervención piamontesa.
18 de setiembre. Tropas piamontesas ocupan Ancona.
1-2 de octubre. Victoria de Volturno. Garibaldi anuncia el plebiscito en Sicilia y en Nápoles y devuelve a Victorio Emanuel II los poderes dictatoriales.
21 de octubre. Anexión del ex reino de las Dos Sicilias; también Umbria y Marque (4-5 de noviembre) votan por la anexión a Piamonte.

1861
17 de marzo. El parlamento subalpino proclama a Victorio Emanuel II rey de Italia.
27 de marzo. Roma es proclamada capital de Italia; en vano Cavour trata de inducir a Pío IX a renunciar al poder temporal.
6 de junio. Muere Cavour.



1



2

El hijo menor

En un rincón de Europa, ya antigua sede de un principado feudal pero entonces convertido en uno de los departamentos del imperio napoleónico —Piamonte—, nacía en el seno de una antigua familia aristocrática un pequeño hijo, rubio y rosado, de nombre Camilo que, aún niño, comenzaba a mostrar a los ojos complacidos de los familiares los rasgos característicos de la noble prosapia. A los siete años ya escribía cartitas mundanas a su caprichosa "Caperucita", y le daba celos narrándole de la carroza dorada con la que otra niña, Julieta Barolo, lo llevaba a pasear por el Po. El espíritu del restaurado reino de Cerdeña de Victorio Emanuel I debía ser perfectamente compartido en la casa Cavour, ya que al mimado condesito se le permitían ciertas exhibiciones, inocentes pero significativas, como cuando después de un fatigoso viaje a Ginebra, a Camilo que protestaba contra el maestro de posta que había proporcionado caballos viejos y agotados y deseaba despedirlo, le fue concedida una audiencia ante el síndico de la libre ciudad y se le prometió que el torpe empleado sería castigado por su negligencia: ¡una hermosa satisfacción para un mocoso de seis años! Pero la nueva Europa edificada sobre las ruinas de la aventura napoleónica y sobre la restauración del derecho divino, y de la cual Piamonte era una pieza secundaria pero necesaria, se podía permitir las ventajas de los aristócratas contra los comunes mortales. Además, imponía sus férreas leyes de conservación en el interior mismo de la casta dominante, por lo que el destino de un segundón, por ejemplo, estaba signado: la estola o la espada; la ley de la primogenitura reservaba, en efecto, al primogénito la gran parte del patrimonio y la carrera política. Para el pequeño Camilo se eligió la carrera militar y a los diez años fue inscripto en la Real Academia Militar de Turín. El contacto con los retoños de las otras familias nobles del reino, la vida fuera de los muros tapizados de la casa paterna, la disciplina un poco idiota y formal de cuartel de lujo, los estudios no severos, pero de todos modos objeto de aplicación y de competencia con los otros, todo ello sirvió para abrir la mente del jovencito, quien comenzó a tomar conciencia de sí mismo y de su propia condición; se comparó así con los otros, entendió que valía, y confirmó su opinión de que el mundo era bello y estaba bien hecho y que la vida podía vivirse con alegría y aun con entusiasmo. Se aplicó bastante a los estudios, logrando siempre evitar la pesada aureola de ser el primero de la clase; obtuvo buenos resultados en matemáticas y luego también en las ciencias históricas y morales, sin aumentar y al mismo tiempo sin lograr corregirse de aquellos que fueron (y en alguna medida continuaron siendo en sus años maduros) sus vicios capitales: la vanidad y la petulancia. Fue

bastante disciplinado y no incurrió con frecuencia en sanciones disciplinarias. Era un tipo alegre, extravertido, charlatán, siempre hambriento: "*Il a toujours la* mica *à la main et l'histoire à la bouche*" [Tiene siempre la *mica* en la mano y la historia en la boca], decía complacido el marqués padre acerca de su hijo de trece años. El cual, por otra parte, entre un mordiscón al panecillo y algún relato dispensado a los compañeros, comenzaba a mirar a su alrededor, a estudiar el ambiente circundante y a tratar de adivinar la realidad existente fuera del círculo académico, y, sobre todo, a presumir aventurarse en aquel ejercicio, prohibido a todos los militares de todos los tiempos, que es el pensar y el libre uso del propio discernimiento.
A partir de la edad de catorce años comenzó una época en que un movimiento del ánimo, una infantil obstinación, una terca conciencia del propio derecho de hombre y de ciudadano le proporcionaron arrestos, censuras, menciones negativas; pero, lo que por sobre todo sirvió para caracterizar definidamente su joven temperamento fue el constante y consciente rechazo a aliviar o a evitar los castigos con actos de arrepentimiento, prefiriendo siempre responsabilizarse plenamente de las acciones cometidas y expiar la culpa si las mismas eran consideradas culpables por sus superiores. Y comenzó a mostrarse como un muchacho orgulloso, especialmente cuando, luego de algunas maquinaciones del padre, le fue concedido el ambicionado honor de vestir la roja librea de paje de corte (que gozaba también de un conspicuo sueldo y no pocas facilidades y distinciones sociales); entonces fue tan intolerante que llegó a manifestar desprecio, por lo que duró poco en el cargo, ya que cuando el rey Carlos Alberto tuvo conocimiento de su actitud no dudó un instante en quitarle tal honor: "El pequeño Camilo se ha portado como un jacobino y lo he despedido", lo que significó no poco pesar para el padre, para toda la familia y para el *medio* que gravitaba en torno a la casa Cavour. Después de este episodio, al cumplir diecisiete años, Camilo dejaba la Academia con las charreteras de subteniente de ingenieros y se aprestaba a comenzar una carrera ya comprometida desde el comienzo por la desgracia en la que había incurrido ante el soberano y con el estigma de traición para con los antepasados y la casta con el que había sido amargamente tachado por el padre.

Subteniente ginebro-piamontés

En Turín, Ventimiglia, Exilles, Lesseillon, Cavour hace su aprendizaje en el ejército y luego en Génova, donde la gran ciudad abierta a los nuevos aires que se respiraban en Europa, tan diferente de Turín, producen una gran impresión en su ánimo ya cultivado por la "atmósfera de la razón" que se respiraba en Ginebra, por la correspondencia con su tío De Sellon y con el primo De La Rive, por la lectura de Bentham, Guizot, Constant. El mundo del siglo XVIII, de las reformas y del absolutismo iluminado, ya remoto ante el oleaje de las clases nuevas, portadoras de nuevas exigencias, era objeto de su atenta observación, junto a las esperanzas, heredadas de aquel mundo, de racionalización de la sociedad humana, encaminadas claramente en la vía de un nuevo proceso evolutivo que se podía aprehender muy bien en la casa genovesa de los banqueros ginebrinos De La Rue. Para comprender mejor al hombre Cavour y a los sucesivos grados de desarrollo de su personalidad, como así también los conceptos morales y sociales que presidirán su acción política, resulta oportuno recordar, más de lo que se ha hecho en el pasado, el teatro real en el que le fue dado actuar: aquel reino de Cerdeña extendido sobre las dos vertientes de los Alpes con el apéndice isleño, enclavado entre el lago Leman, Ginebra y los limítrofes cantones helvéticos, que hacían de cojinete entre la Lombardía austríaca y Francia, en el gran arco lígur-nizardo proyectado sobre el Mediterráneo, y cuyas cabeceras regionales se llamaban Turín, Génova, Chambery, Annecy, Cagliari. Se trataba de un país bilingüe, que gravitaba en la órbita de la cultura francesa, sujeto a todos los contragolpes de París, y que debía su propia existencia a la secular política de báscula entre Francia y Austria; por otra parte, siempre en peligro de ser aplastado por cualquiera de las dos potencias vecinas y desde hacía medio siglo también sujeto a la influencia inglesa a través de Génova y a las controversias político-religiosas que desde los valles suizos se infiltraban por los confines septentrionales del Estado. Italia, vista desde Turín, estaba representada por los valles lombardos de más allá del Ticino, por la llanura paduana y por la lengua que Roma y los Estados regionales de la península habían elaborado en los siglos pasados. Pero la visual política de los piamonteses no llegaba más allá de la corona de los Apeninos, y Milán distaba de Turín más que Lyon, o Ginebra o Marsella; con un par de días de diligencia se podía llegar a París desde Saboya, mientras que un viaje a Nápoles sólo entraba en los planes de algún poeta o de algún viajero empedernido.

Esta aclaración de los límites geográficos dentro de los cuales actuaban y pensaban los súbditos sardos resulta importante para explicar porqué, para aquellos sardos que nutrían sentimientos liberales, los grandes polos de atracción no podían dejar de ser París e Inglaterra. Esta era la antigua patria de las libertades civiles, de la moderna industria y de los tráficos libres, de las grandes empresas coloniales que habían originado no los estragos inhumanos y el asesinato de milenarias civilizaciones, sino nuevas comunidades de hombres libres. En París se habían originado los grandes movimientos que habían hecho avanzar, mucho más allá de los limitados horizontes del absolutismo iluminado, el *esprit humain* y las clases sociales portadoras de nuevos valores y, al mismo tiempo, de los gérmenes de su propia destrucción. No hacía excepción el subteniente Cavour, que se sentía hermano de los liberales franceses en su odio a Polignac, a todas las aristocracias y a las potencias de la Santa Alianza, cuidadoras del privilegio. Así, cuando llegó a Génova la noticia de las jornadas revolucionarias de 1830, él se lanzó bajo los pórticos de Ingenieros, en mangas de camisa y blandiendo un cortapapel, al grito de "¡viva la revolución!" y hasta de "¡viva la república!", entre el estupor y la compasión de los camaradas y de los superiores. Pronto comprendió que no se hallaba frente a un nuevo 1789 y la desilusión fue grande al principio, pero luego, apagadas las exaltaciones juveniles, alejado del clima agitado de Génova, una vez que se hubo quitado la divisa y se reincorporó con serenidad a su puesto de cadete turinés-ginebrino, el régimen surgido en julio de 1830 terminó por encarnar a sus ojos el modelo de una moderada monarquía constitucional aplicable también a su propia patria, un ejemplo de aquel justo medio que fue su ideal político en los años maduros. Pero los meses de Génova fueron un período febril en la vida de Cavour; la exuberancia de los veinte años y el descontento ante la propia condición lo llevaban también a la indisciplina, a la búsqueda de evasiones exaltantes, lo atraían hacia las mesas de juego y a las alcobas de las bellas mujeres; y éstas fueron dos pasiones que no lo abandonaron en toda su vida, al punto que su comportamiento en la vida política siguiente se vio inspirado por ambas, con imprevistos riesgos y sutiles cálculos de seducción (en cuanto a esto, por lo que ya hemos visto, había comenzado desde niño).
También en Génova floreció el que fuera tal vez, entre tantos, el único gran amor de Cavour, aquel por la condesa Ana Corvetto Giustaniani, por el que luego sufriera, según el clima romántico de la época, hasta el suicidio. Por esta escandalosa relación, por las opiniones poco ortodoxas abiertamente profesadas y por otras inquietudes, se pensó que Génova no convenía al ardoroso joven, y que era mejor reintroducirlo en la gazmoña y somnolienta capital, en contacto directo con la familia y con los deberes del rango. Luego fue enviado algunos meses a la sana meditación en el fuerte de Bard, en el corazón de los Alpes. Tal meditación debió ser muy seria, dado que el 12 de noviembre de 1831 el ex paje de corte también se convirtió en ex teniente de ingenieros.

Agricultor en Leri

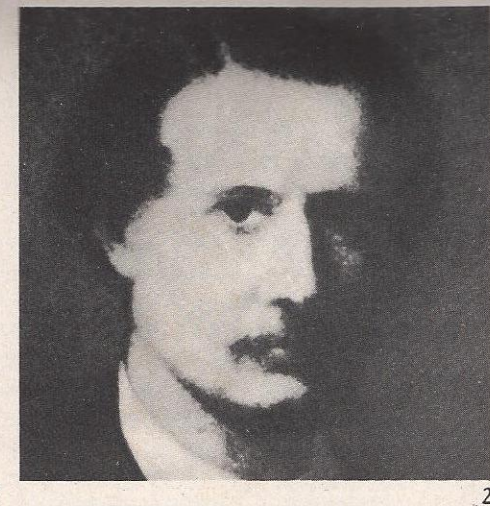
En la vida de Camilo siguió un lustro oscuro, de hijo de familia, ligado a los inte-

reses de la casa y a la pequeña sociedad provincial de la que pasó a formar parte. Comenzó a tratar con quinteros y con corredores de comercio, se dedicó a el cultivo de los terrenos; su padre lo hizo nombrar síndico de Grinzane, en la provincia de Alba, y aquel fue por muchos años el único cargo público del futuro ministro de Italia. Las palabras de Giorgio Falco caracterizan muy bien este período de la juventud de Cavour: "Viajaba entre Grinzane, Alba y Turín. En el viaje discurría con toda clase de gente, siempre curioso y comunicativo; en casa del vicealcalde, conde Somis, conocía a la pequeña sociedad provincial con sus angustias y pasiones; en el pueblo intervenía en defensa de la *Salinera*, perseguida por tres amantes engañados, y cuidaba los intereses paternos haciendo las primeras pruebas de su carácter fuerte y autoritario, que contrastaba en forma tan notoria con su sonrisa de niño y con su bondad. En Turín encontraba su cuarto ocupado, toda la familia reunida para admirar a los pequeños recién nacidos: Einardo y Josefina, el palacio invadido por los tíos, por la Congregación, por los emigrados franceses, y entonces ponía las manos en su chaleco y se marchaba a pocos pasos de allí, a la calle Bogino, a la embajada de Francia, a charlar pacíficamente de política con el barón de Barant, con Sesmaison, con d'Haussonville. La vida le ofrecía, en todos sus niveles, una rica experiencia humana, posibilidades de instruirse y de hacer su propaganda menuda sobre la libertad de los comercios o sobre la emancipación de los judíos."

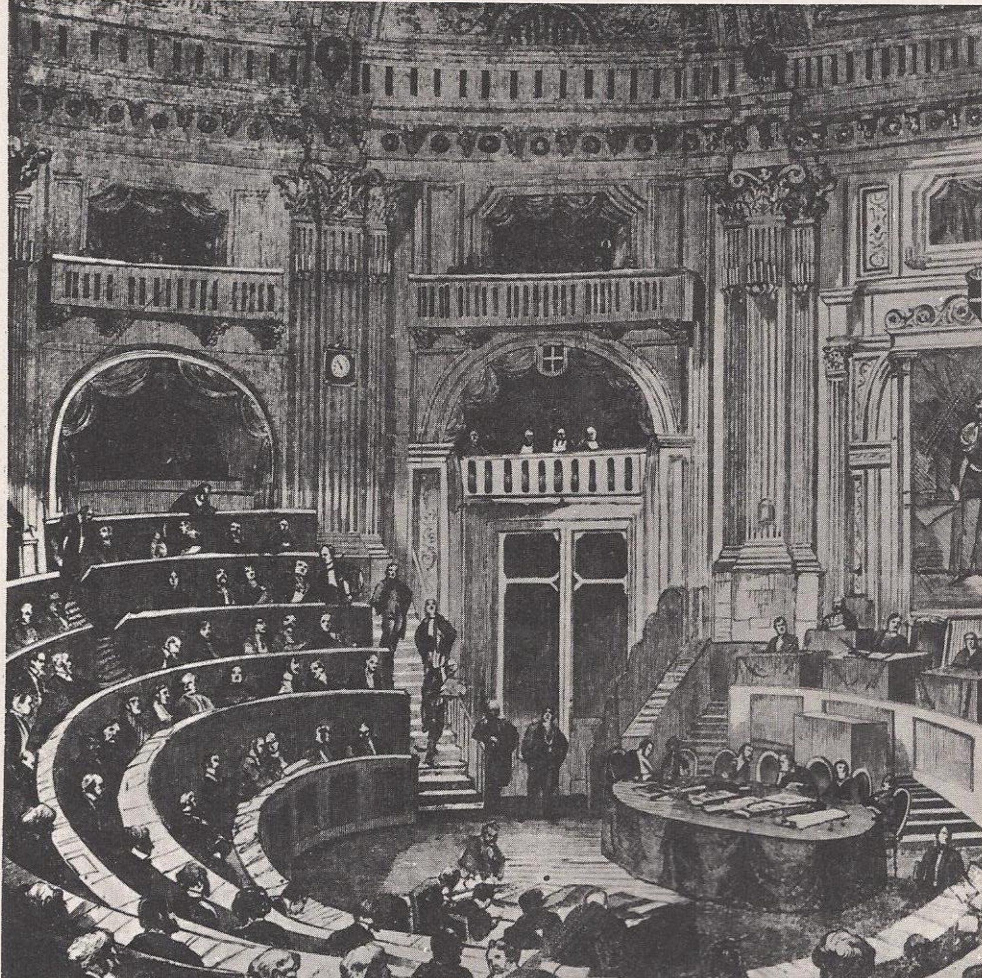
Absorto en este reducido deambular, tal vez justamente por no haber perdido contacto con la vida y con los ambientes reales de su país y por no haberse alejado de la realidad social concreta para refugiarse en abstractas construcciones teóricas, el joven nutrió —entre crisis a veces violentas, evasiones desordenadas, íntimas revoluciones desesperadas— un constante y ya creciente interés por los fenómenos sociales, las cosas del mundo, la historia de los hombres. Su primer trabajo editado aparecido en forma anónima en 1835, era un estudio sobre la administración de los fondos provenientes de la tasa de los pobres en Inglaterra. Superada una profunda crisis personal en 1834 (en el Diario toma serenamente en consideración la idea del suicidio), debida también a la momentánea reanudación de sus relaciones con la condesa Giustiniani, el año 1835 parece ser un año decisivo para el futuro conde: una larga estadía en París (donde sigue con atención las tareas parlamentarias, las lecciones universitarias, las sesiones judiciales y los círculos mundanos) y en Londres (donde es introducido en la alta sociedad y conoce a Tocqueville) y muchas otras ciudades inglesas, y luego Bruselas, donde se encuestra con el exiliado Gioberti; viaje que dura desde febrero a julio, vuelve a Turín, donde en tanto el



1



2



3

1. *Camilo Cavour en un retrato iuvenil.*

2. *Constantino Nigra.*

3. *El parlamento piamontés* (F. Arborio Mella).

4. *Victorio Emanuel II, en una pintura de Gerolamo Induno, Museo del Resurgimiento, Milán* (F. Arborio Mella).

5. *La batalla de Alma, de Robert Gibb. Glasgow, Art Gallery* (F. Arborio Mella).

En la página 9:

1. *El congreso de París* (F. Arborio Mella).

2. *Una estampa titulada* Los defensores del derecho de la libertad de Italia *donde figuran de izquierda a derecha el general Fanti, Cavour, Victorio Emanuel II, el general Cialdini, Napoleón III, el mariscal Canrobert, el príncipe Napoleón y Garibaldi.*



4



5

padre, el marqués Miguel, había sido nombrado jefe de policía de la ciudad.

A fines de este mismo año, en que se inicia el ministerio reaccionario de doce años de Solaro della Margarita, Camilo se dedica a administrar la vasta hacienda de Leri por cuenta del padre y parece convertirse verdadera y definitivamente en uno de los tantos "señores de campaña" que en toda Europa constituían el nervio de la clase dominante. Pero el viaje efectuado a Europa occidental, las personas conocidas, las cosas estudiadas, son un patrimonio de vida vivida, que no se anulará en el lodo de los arrozales de Leri, o en las banalidades de los salones de Turín; como tampoco se dispersará en las alcobas de las nobles damas o en torno a las mesas de juego, porque Cavour supo aceptar con espíritu alegre su condición de hijo menor y de "señor de campaña", como si fuera consciente de que se trataba de una condición provisoria, pero que igualmente debía tomarse en serio, en espera del momento propicio para utilizar aquel patrimonio espiritual y aquella energía acumulada, de todos modos más sólida y preferible a las intrigas y a los manejos considerados por muchos la vía real del *cursus honorum*. Así estaba absorbido por extraños giros de negocios, como aquel, en abril de 1836, de la adquisición en Villach de un rebaño de carneros húngaros que debían ser enviados luego a Egipto. Este primer viaje suyo —y uno de los pocos— por las provincias italianas resulta una ocasión propicia para conocer de cerca la administración y la policía austríaca y advertir, ciertamente con sorpresa, que él, hijo del jefe de policía de Turín, era señalado en el puesto de la frontera con Lombardía, Buffalora, como elemento peligroso: el "delito" había ocurrido cuatro años antes y consistía en una carta, muy desprejuiciada y liberal, escrita al amigo Ruggero de Salmour quien se hallaba en Dresdren. La carta había sido interceptada por la policía austríaca, enviada por el gobernador Hartig al residente austríaco en Turín, Bombelles, y de éste pasada al ministro del Exterior piamontés De La Tour; desde entonces Cavour estaba "fichado" y es necesario reconocer que los policías austríacos tenían buenos ojos y fino olfato.

Un "liberal" en París

Pero aún estaba lejano el tiempo en que las cancillerías europeas habrían de ocuparse de él; Camilo continuaba su oscura vida, de agricultor y de hijo de familia, solamente interrumpida por viajes cada vez más frecuentes al exterior y nutrida constantemente por la interesada atención a las cosas políticas del mundo y sobre todo de Francia. También la herencia que le correspondiera a la tía Victoria por la muerte del marido Jules Gaspar de Clermont-Tonnerre, par de Francia, fue el motivo de frecuentes visitas a Saboya y a Francia; Camilo fue nombrado albacea de los intereses de la tía y debió

tratar con los abogados parisinos de los otros parientes del difunto y hacer inspecciones en los bosques del Franco - Condado y en las fincas de la Alta Saona. En París se dejaba envolver por el torbellino humano de Belgioioso, Boigne, Cigale, Delagrange, y era considerado de la casa en el "Café de París", en el "Jockey Club", en el Casino o en los bailes de la corte; "Héme aquí entre los más disipados de París", comentaba resignado socarronamente a hacer su parte, que por otra parte no le disgustaba, aun cuando a veces anotaba en su Diario, luego de haber jugado en el círculo hasta las tres de la mañana: "Humor de perros"; más que el remordimiento debía molestarlo la pérdida de algunos luises. En París muy rara vez se sentía deprimido, como le ocurría en cambio en Turín: "He vuelto a casa a las cinco y no he podido cerrar un ojo. Me hallo en la absoluta imposibilidad de nada. ¿Cómo terminará esto? Siento que mi espíritu y mi voluntad me abandonan. No sé qué decidir... En el baile se sentí muy decepcionado. Es una vida estúpida la mía". Melancolías turinesas, generadas por la conciencia opresiva de la falta de desagote para sus ansias de independencia económica y de libertad personal. En París todo le interesaba, desde el vodevil a las prisiones, de las conversaciones en los cafés a los contrasentidos de la vida política, porque en todo ello él percibía el signo del progreso, ausente en cambio en sus valles subalpinos. Se entusiasma por un breve viaje en tren: "Fui a Saint-Germain por ferrocarril; era la segunda vez que utilizaba este moderno medio tan cómodo y rápido. Mi gusto por esta nueva forma de viajar se ha aumentado. Sentado en el imperial veía escaparse ante mis ojos las cosas que me circundaban. Nada puede compararse a la sensación que se experimenta al pasar con la rapidez de un relámpago bajo los puentes que atraviesan las vías. Parece como si hasta los rieles se sacudieran. Conmigo estaban Portula, Vachetta, Martini y un médico de Moncalieri, entusiastas de la novedad del espectáculo, del que se sentían espectadores y actores. Al principio el médico tuvo un poco de miedo, pero pronto volvió a calmarse". A diferencia del buen médico de provincia, nuestro conde siempre conserva la frialdad de juicio, aun en la rutilante vida mundana, y así, cuando es recibido por la gran sociedad, tal vez porque su vanidad no fue satisfecha, anota secamente: "Velada en lo de la princesa Belgioioso. Nunca más iré".

En 1838 comienza a frecuentar los fascinantes rincones de la Bolsa de París y aquel juego, tan directamente ligado a las vicisitudes de la economía mundial, comienza a atraerlo más que los juegos de naipes. Y justamente cuando intentaba construirse con constancia un patrimonio personal para rescatarse de su condición subordinada y tentar luego de alcanzar fines más dignos de su propia existencia que no fueran los de la buena administración de los bienes de familia, justamente entonces, en octubre de 1840, basándose en una información apresurada, quiso especular en la Bolsa con la crisis de Siria. Convencido de que el repentino agudizarse de la cuestión de Oriente preludiaba una inminente guerra, jugó a la baja y jugó fuerte, cuando le llegó la noticia del bombardeo de Beirut. Pero la crisis se restableció, la guerra no se hizo y el conde tuvo una pérdida de 45.000 francos que, si bien reducidos luego por las siguientes maniobras de su banquero a sólo 20.000, significaron para él un gravísimo desaire ante los severos ojos del padre, que siempre lo había disuadido de tales operaciones riesgosas, y el brusco retorno a la realidad de la pequeña vida de segundón. Fue una lección durísima, que siempre tuvo presente en la mente y cuyo recuerdo se tornó trágico en 1859, después de Villafranca, cuando como veinte años antes, la apuesta sobre la guerra pareció fracasar y el suicidio era la única solución honorable para el jugador derrotado. Volvió a Turín y no fue ya más que un agente subordinado del padre y un diligente ejecutor de los asuntos de la tía, única ancla concreta a la pobre realidad, especialmente luego del fracaso de la compañía saboyana de barcos a vapor de Chambery, por él creada.

Escribía en 1841 al profesor De La Rive: "Soy un segundón, lo que quiere decir mucho en un país aristocráticamente constituido; es necesario que me cree una posición con el sudor de mi frente. Para ustedes ricos que poseen millones y millones es fácil ocuparse de ciencias y de teorías; nosotros, los pobres diablos hijos menores debemos sudar sangre antes de conquistar un poco de independencia". Para él se había convertido en una idea fija la necesidad de crearse una posición independiente para poder pensar y actuar según su propio discernimiento, sin deber rendir cuentas, y poder afirmar la propia personalidad, nutrida de estudios y de experiencias crecientes en la dirección de la cosa pública. Pero el pobre agricultor de Leri, hijo del jefe de policía de Turín, consumía su pasión política en el sindicato de Grinzane, en la Comisión superior de estadísticas, de la que era miembro desde 1836, y al fundar en Turín la *Société du Whist*, según el modelo de los clubes londinenses, lograba con tan poco ganarse las antipatías del *establishment* subalpino, que veía con sospechas esos experimentos asociativos que olían a partido liberal y a monarquía de julio. Corría el año 1841, es decir, el año de la restauración del fuero eclesiástico en el reino de Cerdeña, de la consolidación de la influencia austríaca sobre el ministerio Solaro, de las primeras escaramuzas de guerra civil en los cantones suizos. El conde de Cavour también era mal visto por sus experimentos de bailes mixtos (entonces sólo así podía explicarse su concepto de justo medio) entre burgueses y aristócratas turineses iniciados en 1839. Luego del círculo del *whist* (¿tal vez pensaba en las discusiones en que, entre una copa y un baile, se entretenía la dorada juventud parisina del "Jockey Club"?) se halló entre los fundadores de una iniciativa mucho más seria, la Asociación Agraria a la que seguía algunos años después la que se dedicaría a los asilos. Los nobles, como en su momento la policía austríaca, mostraban buen olfato al desconfiar de este aún débil y superficial movimiento en el interior de las instituciones consagradas del antiguo régimen y el joven y petulante *factotum* provocaba todo el fastidio, que se unía al que sentían los liberales más destacados para con el hijo del jefe de policía. Luego de otros viajes a Suiza y a París, donde conoció a Saint-Beuve, Pellegrino Rossi, Quinet, Michelet, Philarète Chasles, Jules Simon, Ney y Cousin, el conde de Cavour, de más de treinta años de edad, ya no era un desconocido. Antes bien, como él mismo confesara ocho años después, era muy popular entre los liberales, que veían en él al hombre capaz de llevar a Piamonte ciertas experiencias de progreso que se conocían muy bien en la Francia de Luis Felipe.

El pensamiento del joven Cavour

A los ultraconservadores no les podía agradar demasiado que en asambleas públicas ajenas a la corte y a los consejeros de Su Majestad, se discutieran cuestiones que, como las agrarias, acometían tan de cerca a las bases mismas de la economía (y por ende de la política general) del país, que en gran parte se fundaba en la agricultura. Veían en la Asociación Agraria casi un anticipo de parlamento, y no se equivocaban, porque también formalmente no tardaron en formarse los "partidos" que agrupaban a los partidarios de las diversas tendencias; pronto se evidenció la división entre moderados y radicales, en el acto de la fundación, sobre la cuestión de los poderes de la asamblea o del prevalecimiento del poder delegado. Cavour, contra Valerio, estaba por la segunda solución. El 6 de marzo de 1845, con la renuncia de César Alfieri, los dos partidos se encontraron nuevamente a propósito del nuevo presidente: Valerio y Sineo apoyaban al conde Filiberto Avogrado de Colobiano, Cavour y los suyos al conde Ruggero de Salmour, que fue elegido. Cavour le escribía a Gioanetti explicándole que el nuevo presidente debía representar, contra toda intriga, las opiniones "liberales y progresistas"; Colobiano, ex carbonario de 1821 y ahora gentilhombre de cámara, no le inspiraba confianza. Cuando luego, en marzo de 1846, Colobiano fue nombrado por autoridad real a la presidencia de la asociación, ello significó también la salida de Cavour del consejo directivo; así duraban en la corte los rencores contra el ex paje rebelde.

1

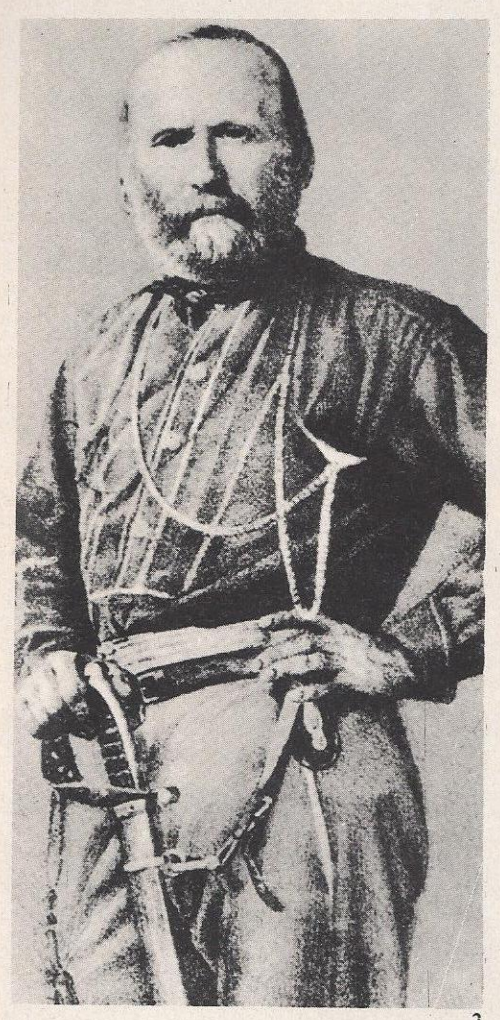
Gio Editore

Proprietà Artistico-Letteraria

2



1



2

1. Sala de las conferencias de la Cámara de los diputados en París. Bildarchiv d. Ost. Nationalbibliothek (F. Arborio Mella).

2. Garibaldi en los días de la empresa de los Mil.

3, 4. Autógrafo de la proclama de Victorio Emanuel II con la famosa frase: "No somos insensibles al grito de dolor que de todas las partes de Italia se eleva hacia nosotros" (F. Arborio Mella).

5. Toma de Sebastopol (F. Arborio Mella).

La asociación había adquirido contornos importantes en el país, y contaba con alrededor de tres mil miembros. Resulta notable observar cómo la reacción de Cavour al ser alejado de la dirección coincidía con el juicio del residente austríaco conde Buol, futuro ministro de los asuntos exteriores imperiales. "La dirección de la sociedad se halla ya casi exclusivamente compuesta por médicos y abogados", exclamaba Cavour, despechado. Y Buol le hacía eco al escribirle a Metternich: "La cuestión de la elección de un nuevo presidente ha proporcionado el pretexto para algunos discursos de abogados, tan impregnados de espíritu liberal que el gobierno no ha podido ignorarlos. Algunos oradores fueron convocados por el director de policía, quien les ha manifestado el vivo descontento del Rey y los ha amenazado con tomar medidas si el caso se repite. Esta sociedad fue fundada, con la aprobación gubernativa, con el laudable propósito de mejorar el estado de la agricultura, y en parte se ha desviado de su objetivo primitivo a causa de la admisión permitida a todo individuo que pagara una ligera contribución; de esta manera, la misma fue invadida por un gran número de personas que no poseen ni una hectárea de tierra, y por abogados que no pierden ocasión de exhibir sus teorías". Eran años aquellos en los que Cavour, en sus primeras actuaciones públicas, desconfiaba tanto de los "abogados" (es decir, de la no confiable burguesía ciudadana) y de los autodenominados demócratas con acceso a la corte como, desde hacía tiempo, de las perspectivas revolucionarias que se agitaban a la distancia por la predicación mazziniana; años éstos en los que su "justo medio" estaba mucho más cerca de los nobles conservadores que de los que auspiciaban dudosas e inciertas novedades, como la instrucción agraria y las granjas modelo. Él afirmaba que se hallaba con aquellos que preferían lo posible a lo deseable, aunque estos "corrían el riesgo de ser silbados como retrógrados incorregibles". En realidad, para dar un juicio más concreto sobre este conde de Cavour, exponente del partido moderado en la Asociación Agraria, es necesario tener presente que no era un hombre con responsabilidades de gobierno y, por lo tanto, carecía de obligaciones en el sentido de transar o de acercarse en forma diplomática al partido adverso, arte de estadista en el que más tarde sabrá mostrarse como maestro; era simplemente un sabio agricultor, un cauto hombre de negocios que veía en grande pero que estaba obligado a operar en pequeño, un aristócrata, en fin, ligado al patrimonio del jefe de policía. Además, Cavour era un intelectual, es decir, un individuo que en la víspera de 1848 se presentaba en la escena de su país con escritos y con ideas que podían suplir en parte la carencia de acciones políticas relevantes, y que por los mismos podía ser conocido más allá de las restringidas fronteras del reino de Cerdeña. Era un escritor de asuntos económicos y sociales, un Tocqueville subalpino, menos sistemático en la exposición de su pensamiento y más adherente a las situaciones concretas. Se había ocupado de la tasa de los pobres en Inglaterra, aprobando el principio de que se impusiera a la clase rica un tributo a la sociedad para que la misma en su conjunto, y aquélla en particular, asegurara el orden social; había escrito sobre pequeños problemas agrícolas en cuanto al arroz y a los gusanos de seda, y también había abordado cuestiones económicas más generales como la de la institución de las granjas modelo o las propuestas en los *Voyages agronomiques* de Lullin de Chateauvieux: se preocupaba constantemente de poner en guardia a la opinión pública y a los técnicos acerca de la importación mecánica de modelos extranjeros y más de una vez recurrió al ejemplo del barón Crud, quien había asumido la tarea de conducir una hacienda emiliana según los esquemas de la agricultura alemana, con el único resultado de hacerle perder al propietario la renta de más de veinte años. Pero fueron sobre todo los escritos en la *Bibliotèque universelle* de Ginebra y en la *Revue nouvelle* de París los que le dieron fama europea como economista. En la revista dirigida por su primo De La Rive escribió en 1844 algunas *Considérations sur l'état actuel de l'Irlande et sur son avenir* [Consideraciones sobre el estado actual de Irlanda y su futuro], con las cuales demostraba como imposibles y peligrosos los sueños nacionalistas de regeneración y de independencia; agregaba una serie de "reformas progresivas y mesuradas", como los únicos remedios adecuados para combatir las plagas de la isla y para fusionar los intereses del país con los generales de Gran Bretaña, porque tanto la clase media como la clase superior se habrían opuesto decididamente, en férrea alianza en todas las islas británicas, a una eventual guerra civil conducida por un pequeño número de nobles católicos a la cabeza de indisciplinadas masas de campesinos. También dedicado a las cuestiones británicas es el ensayo aparecido el año siguiente en la revista ginebrina, *De la question relative à la législation anglaise sur le commerce des céréales* [Sobre la cuestión relativa a la legislación inglesa sobre el comercio de cereales], en el cual su reclamo a la concreción se precisaba, en el ámbito más general de la economía política, no como una invitación al empirismo sino a los dictámenes ciertos de la ciencia, y era en conjunto un himno a la libertad de comercio predicada por Smith y Ricardo contra los residuos mercantilistas que habían sobrevivido a las guerras napoleónicas y al bloqueo continental y que tenía vinculación política inmediata, como ocurría siempre con Cavour en el apoyo a la *Anti-corn Law League* [Liga contra la ley proteccionista del trigo] apa-

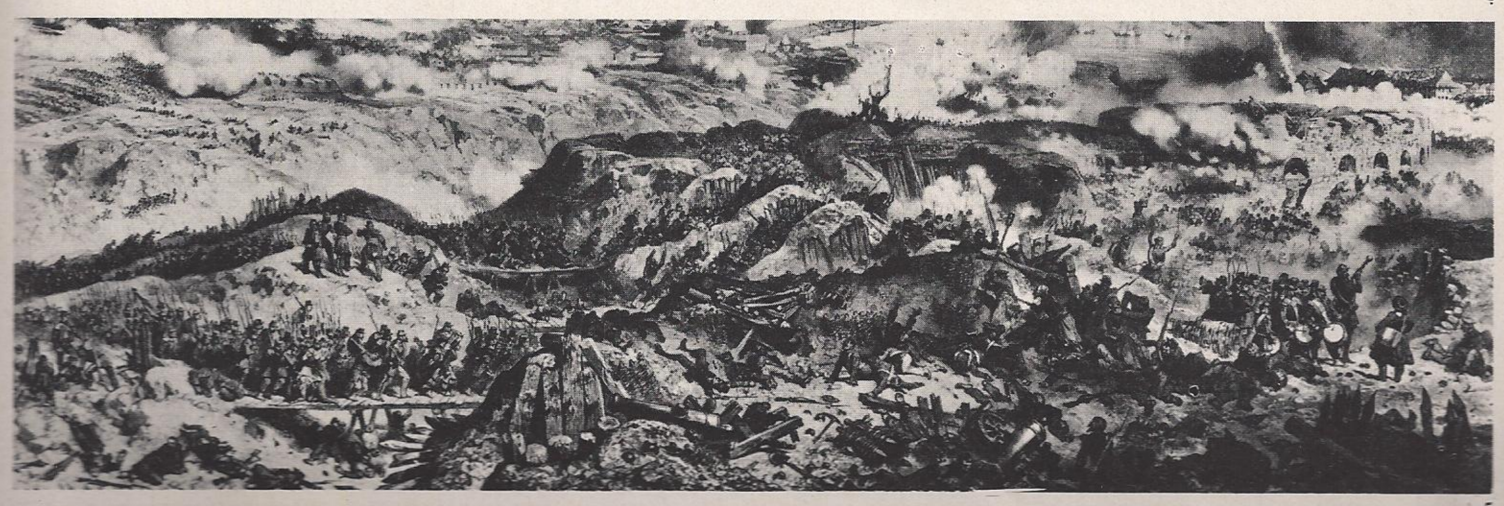
Qualunque esse sieno, ci trovino
forti per la concordia e costanti
nel fermo proposito di compiere
l'alta missione che la Divina
Provvidenza ci ha affidata.

3

Questo avvenire sarà
felice ~~[illegible]~~ nostra
politica riposando sulla
giustizia, sull'amore della
libertà e della patria
~~[illegible]~~ nostro paese piccolo per
territorio ~~[illegible]~~ acquistò credito nei consigli dell'Europa perchè
per le idee che rappresenta grande
le simpatie che esso inspira
questa condizione non è
scevra di pericoli. Giacchè nel mentre
che rispettiamo i trattati
non siamo ~~[illegible]~~ insensibili
al grido di dolore che da
tante parti d'Italia si leva verso di noi

~~Forti [illegible]~~
~~concordia [illegible]~~
~~nella [illegible]~~ ~~confidiamo~~
~~senza [illegible] [illegible]~~
~~della divina Providenza~~
Forti per la concordia
fidenti nel nostro
buon diritto, aspettiamo
prudenti e decisi
i decreti della divina
Providenza

4



5

NELLA STESSA OCCASIONE

AI POPOLI D'ITALIA

Popoli del Regno!

L'Austria ci assale col poderoso esercito che, simulando amor di pace, ha adunato a nostra offesa nelle infelici provincie soggette alla sua dominazione.

Non potendo sopportare l'esempio dei nostri ordini civili, nè volendo sottomettersi al giudizio di un Congresso europeo sui mali e sui pericoli dei quali essa fu sola cagione in Italia, l'Austria viola la promessa data alla Gran Brettagna, e fa caso di guerra d'una legge d'onore.

L'Austria osa domandare che siano diminuite le nostre truppe, disarmata e data in balìa quell'animosa gioventù che da tutte parti d'Italia è accorsa a difendere la nostra bandiera dell'indipendenza nazionale.

Geloso custode dell'avito patrimonio comune d'o-

nore e di gloria, io do lo Stato a reggere al mio amatissimo Cugino, il Principe Eugenio, e ripiglio la spada.

Coi miei soldati combatteranno le battaglie della libertà e della giustizia i prodi soldati dell'Imperatore Napoleone, mio generoso alleato.

Popoli d'Italia!

L'Austria assale il Piemonte perchè ha perorata la causa della comune patria nei Consigli dell'Europa; perchè non fui insensibile ai vostri gridi di dolore.

Così essa rompe oggi violentemente quei trattati che non ha rispettato mai. Così oggi è intero il diritto della nazione, ed io posso in piena coscienza sciogliere il voto fatto sulla tomba del mio magnanimo Genitore! Impugnando le armi per difendere il mio Trono, la libertà de'miei popoli, l'onore del nome italiano, io combatto pel diritto di tutta la nazione.

Confidiamo in Dio e nella nostra concordia, confidiamo nel valore dei soldati italiani, nell'alleanza della nobile nazione francese, confidiamo nella giustizia della pubblica opinione.

Io non ho altra ambizione che quella di essere il primo soldato della indipendenza italiana.

Viva l'Italia!

Torino, 29 aprile 1859.

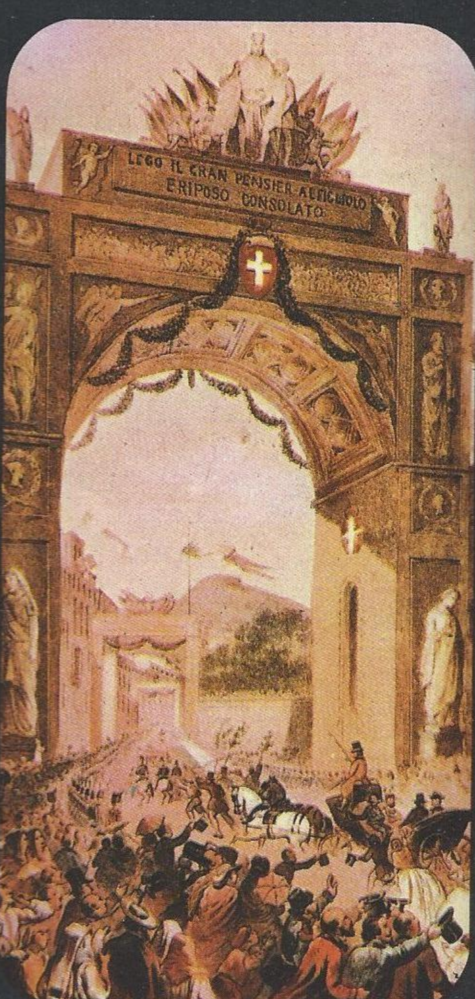
VITTORIO EMANUELE.

C. Cavour.

1



2



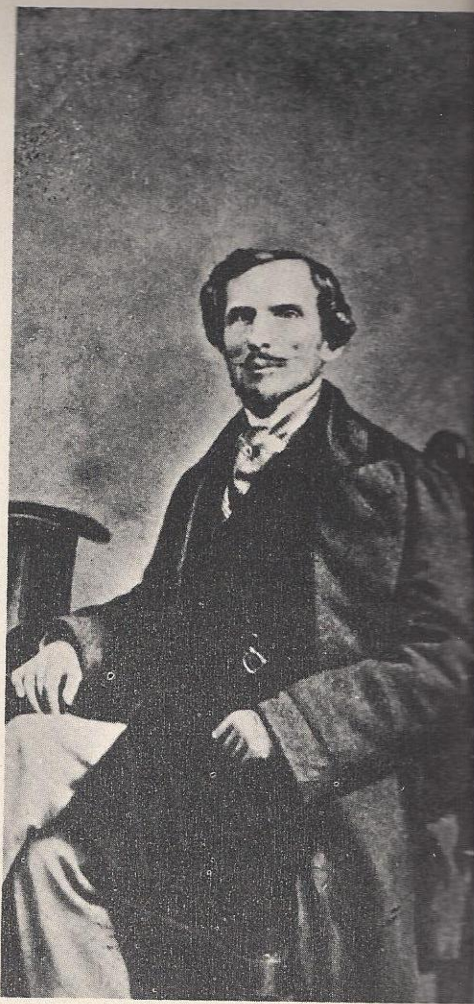
3

4

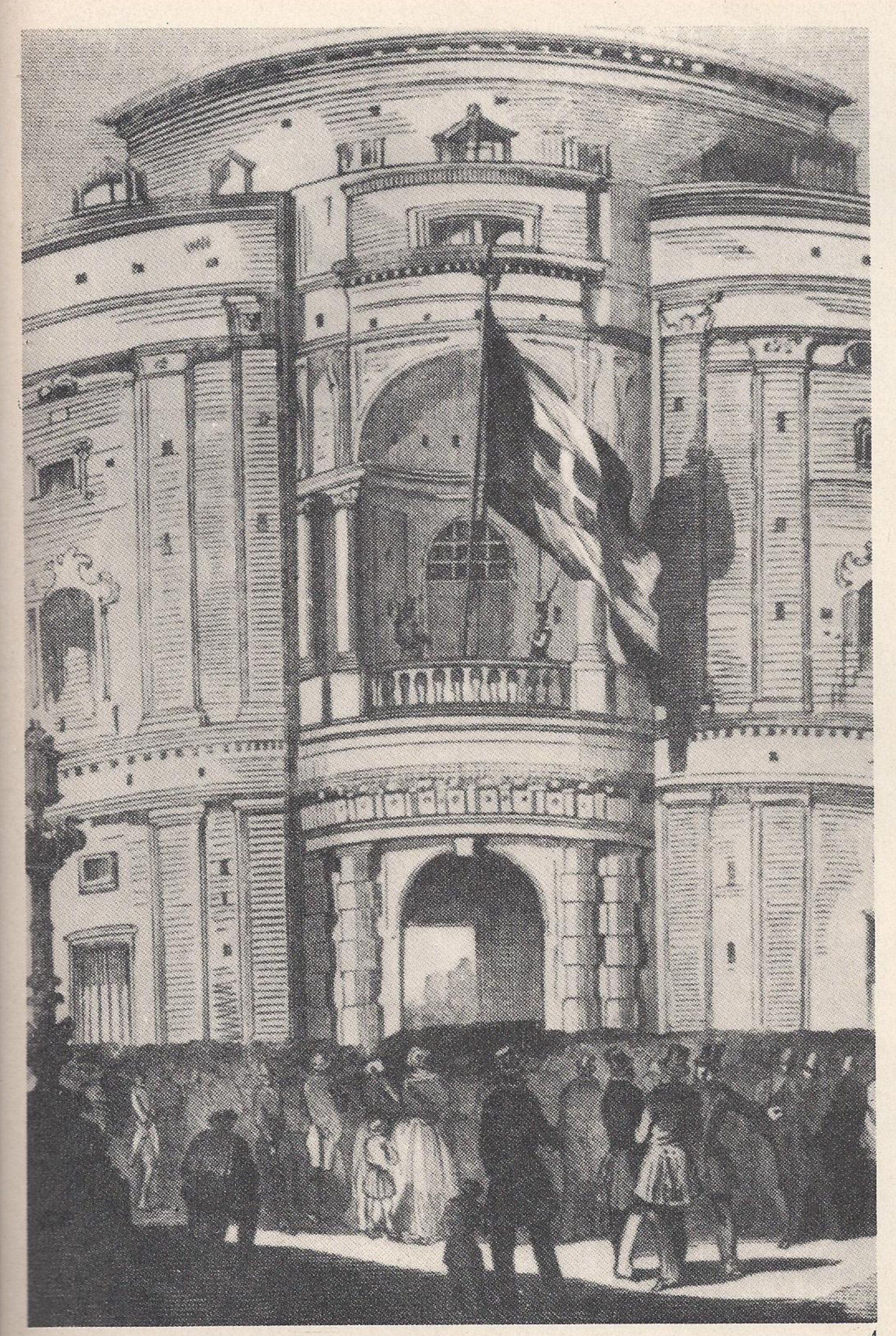
5

recida algunos años antes, y a la política reformadora de sir Robert Peel. Aquellas tomas de posición de Cavour no eran ajenas al movimiento económico que comenzaba a manifestarse en la burguesía ligur y piamontesa y que comenzaba a distinguir al reino de Cerdeña, tan sujeto a las influencias y a las presiones externas de los otros estados italianos. La abolición de la veda a la exportación de la seda cruda, la disminución del impuesto sobre el grano, la adopción en 1842 de tarifas aduaneras sensiblemente reducidas respecto a las precedentes, los veintiseis tratados de comercio estipulados con estados de Europa y de América entre 1832 y 1846, todas estas medidas aligeraron notablemente la carga prohibitiva que detenía el desarrollo económico del reino. El Banco de Descuento de Génova en 1844, el de Turín en 1847, tuvieron en Cavour a uno de los principales propulsores, como también de la fusión de aquellos dos institutos en el Banco Nacional, primer núcleo del Banco de Italia. Y cuando en mayo de 1846, Austria impone el embargo a los vinos piamonteses, aplicando impuestos prohibitivos, aquel movimiento se verá contrarrestado en Turín con el acercamiento al mercado occidental, especialmente el francés y el suizo, con las perspectivas de ampliación hacia Constanza, a través del lago Mayor y, por lo tanto, hacia el amplio mercado alemán y hanseático. Pero el escrito de Cavour que tuvo más amplia e inmediata resonancia europea fue la larga crítica a las *Cinco cartas* de Hilarión Petitti de Roreto sobre los ferrocarriles italianos. Cavour había preparado su ensayo para la *Bibliotéque universelle*, pero De La Rive se atemorizó ante los acentos demasiado marcadamente antiaustríacos que contenía y que el conde se negó a atenuar, por lo que el mismo apareció en la *Revue nouvelle* parisina en mayo de 1846. Con aquel escrito, que tomaba abiertamente en consideración el problema nacional italiano y atacaba los tratados de Viena de 1815, Cavour intentaba también polemizar, desde su punto de vista moderado y ordenadamente reformista, contra las incitaciones revolucionarias de Ferrari, aparecidas en la *Revue des deux mondes* en noviembre de 1844 y en enero de 1845: "Los artículos del señor Ferrari —escribía a Cousin— han hecho mucho mal al partido moderado, que se esfuerza por conseguir el progreso sin recurrir a los estériles métodos revolucionarios; no he tenido la pretensión de destruir los efectos de los mismos, sino que aspiro únicamente a probar a los italianos que el número de las personas que, como el señor Balbo, saben unir el amor a la patria con el sincero deseo de evitar un desorden social, es más importante de lo que las apariencias permiten apreciar".
Con su *Des chemins de fer en Italie* [Sobre los ferrocarriles en Italia], entonces, Cavour tenía conciencia de estar haciendo


1


2


3



4

1. El general Lamarmora (F. Arborio Mella).

2. Bettino Ricasoli (F. Arborio Mella).

3. Victorio Emanuel II recibe a la delegación toscana.

4. Palacio Carignano en Turín el 18 de febrero de 1861, primera sesión del parlamento italiano.

En las páginas 12-13:

1, 2. Proclama de Victorio Emanuel II para la guerra de 1859.

En las páginas 14-15:

1. La batalla de San Martino, en una pintura de Cammarano. Galleria d'Arte Moderna, Roma (Scala).

2. Combate de Palestro, anónimo. Museo del Resurgimiento, Milán (Scala).

3. Victorio Emanuel II entra en Nápoles. Colección Bertarelli, Milán (Scala)

4. Montebello. Colección privada, Milán (Scala).

5. Los franceses en camino hacia Milán en 1859. Museo del Resurgimiento, Milán (Scala).

obra política, y por otra parte, así parecía a todos los que consideraban su crítica a la hostilidad austríaca para con la unión ferroviaria de Milán con Piamonte y con Génova, y su invitación a los italianos a no tener la unión ferroviaria entre Viena y el Lombardo-Véneto. Por otra parte, los conceptos estaban expuestos con claridad: "Si el futuro reserva a Italia destinos más felices, si este bello país, como es lícito esperar, está destinado a reconquistar un día su nacionalidad, ello no puede ocurrir sino a continuación de una revolución europea, o por el efecto de uno de aquellos grandes movimientos en cierto sentido providenciales, sobre los que la facilidad que procura el ferrocarril de hacer mover más o menos rápidamente un regimiento no puede ejercer ninguna influencia. El tiempo de las conspiraciones ha pasado, la emancipación de los pueblos no puede ser el resultado de un complot o de un golpe de mano; la misma se ha convertido en la consecuencia necesaria del progreso de la civilización cristiana y del avance de los hombres ilustres. Las fuerzas materiales a disposición de los gobiernos serán impotentes para mantener bajo el yugo a las naciones oprimidas cuando suene la hora del rescate de las mismas; cederán ante la acción de las fuerzas morales que crecen día a día y que deben, tarde o temprano, con la ayuda de la providencia, operar en Europa, una perturbación política de la que tanto Polonia como Italia están llamadas a aprovechar en mayor grado que cualquier otro país. El ferrocarril que acercará en algunas horas Viena a Milán no podrá impedir sucesos tan importantes". Pero Cavour descendía pronto de los cielos de los principios generales, en parte tomados de las *Esperanzas de Italia* de Balbo, y en los que no se sentía muy cómodo, y prefería abordar las cuestiones reales, tratando de proporcionar las razones convincentes para todos, no tanto a los "italianos" genéricos como a los súbditos sardos y a los del austríaco reino lombardo-véneto. Decía, dirigiéndose a los primeros: "Esta línea hará de Turín una ciudad europea, situada a los pies de los Alpes, en el extremo límite de las llanuras italianas; la misma será el punto de encuentro del norte y del sur, el lugar donde los pueblos de raza germánica y los de raza latina harán intercambio de productos y de cultura, intercambio con el que se beneficiará especialmente la nación piamontesa, que ya participa de las cualidades de las dos razas". Y a los lombardos, dejando de lado los discursos sobre fuerzas morales, civilización cristiana y progreso de los hombres ilustres, les hablaba de sedas y quesos: "La línea lombardo-véneta no estará completa hasta que se una a las líneas sardas para formar con las mismas la gran arteria del valle paduano... La fuerza de las cosas triunfará por sobre algunos mezquinos intereses políticos y comerciales. Milán tiene más interés en esta línea que

Génova o Turín, porque es por estas ciudades que deben pasar los principales productos de Lombardía, es decir, los quesos y las sedas, para llegar a los mercados de consumo situados en las costas del Mediterráneo, o más allá de los Alpes, en Francia y en Inglaterra". Y no faltaba, a propósito de la línea Turín-Vercelli-Novara-Milán, la seducción dirigida a los sostenedores de la idea nacional: "Si el valle del Po formara un solo Estado, si todos los países comprendidos entre Venecia y Turín reconocieran al mismo soberano, esta línea sería la principal de Italia septentrional; la misma formaría parte de la gran arteria a la que todas las líneas secundarias vendrían a unirse. Mientras las riberas del Ticino estén separadas por una barrera de aduanas, la misma no podrá aspirar a sostener esta función primaria enter los ferrocarriles sardos y debe ceder la preminencia política a la que va de Turín a Génova". Si se considera que la línea de Vercelli y Novara estaba confiada a las compañías privadas, ¿cómo no ver en aquellas palabras de Cavour la tentativa de conquistar las simpatías de los industriales piamonteses para con la idea nacional? Lo cierto es que el significado del ensayo de Cavour no se le pasó por alto al sagaz embajador Buol, quien, detrás del título inofensivo vislumbraba aquellos contenidos de nacionalidad "por los cuales la revolución trata hoy de ganarse a las masas". Y proseguía: "Cavour lanza el anatema sobre las decisiones del congreso de Viena y anuncia una revolución europea de la que Polonia e Italia serán las primeras en obtener ventaja. Establece luego una distinción entre los príncipes extranjeros y los tronos que tienen su raíz en el suelo nacional y cuenta con el concurso de estos últimos en la gran insurrección providencial que se prepara". Aquel artículo —continuaba preocupado Buol— habría pasado inadvertido sin aquella firma respetable que había producido gran efecto en el público y por lo tanto protestó ante el presidente de los ministros, Solaro della Margarita, con quien también se lamentó de que el "joven" en su "pequeña gloria de autor" había distribuido en Turín centenares de ejemplares de su escrito. Buol también se había mostrado descontento por la escasa eficiencia de la censura y sobre todo por el hecho de que el rev parecía haber dicho que era necesario distinguir entre obras políticas y obras económicas, calificando entre estas últimas al ensayo de Cavour y cubriéndolo con su autoridad. Aquella primera actitud verdaderamente política de Cavour sirvió, conjuntamente con la cuestión del impuesto sobre los vinos, a empeorar las relaciones entre Austria y Piamonte de Carlos Alberto y Solaro della Margarita. En efecto, en enero de 1847 el *Lloyd* austríaco apareció con un artículo contrario a la unión ferroviaria del Lombardo-Véneto con Piamonte, considerada como veleidosa, ya que Viena estaba dedicada a la gran empresa de la unión continental del Báltico con el Mediterráneo; además, una línea que uniera los ferrocarriles austríacos con los franceses a través de los cantones suizos y Piamonte, le habría permitido a Génova aumentar la competencia cada vez mayor con Marsella y Trieste e incluir a Piamonte en el circuito comercial europeo. Balbo replicó en las "Lecturas de familia" y a duras penas se evitó una respuesta oficial en la "Gaceta piamontesa". El 48 se preparaba también de este modo y era la misma rigidez de los Habsburgo la que abría el camino. Cavour, aislado estudioso y hombre de negocios turinés, a menudo confundido con el padre o con el hermano filojesuita Gustavo, aún antes de aparecer en la escena pública había sabido dar en el blanco y, según parece, había golpeado duro.

"El Resurgimiento" de Cavour

En el clima caldeado y confuso del trienio revolucionario, con las ciudades de toda la península rumorosas de adhesiones al papa y de aplausos a los soberanos, el frío conservador piamontés, muy a disgusto en aquel ambiente tan extraño a su carácter, comenzó el 15 de diciembre de 1847 con su periódico a predicar las reformas, el justo medio y la idea nacional, con sobrias maneras británicas. El periódico era "El Resurgimiento" y "Lord Camilo" muy pronto se convirtió para los vulgares adversarios de la "izquierda" en "Lord Resurgimento". En la península, vuelta al sentimiento nacional luego de la elección de Pío IX, todos los gobiernos consintieron en seguir el camino de las reformas civiles, pedidas a grandes voces por la insurrección burguesa guiada por Gioberti y por los demócratas, aquellas "reformas administrativas" contra las cuales ponía seriamente en guardia el viejo Metternich, consciente de que aquel camino llevaba a las "reformas políticas" que generarían en efecto la guerra, en Austria, el abatimiento del mismo Metternich en su Viena, la revolución de febrero en Francia, la meditación y el arrepentimiento de todos los soberanos italianos, la abdicación de Carlos Alberto y el cambio de frente de Pío IX, con el consiguiente derrumbe del efímero mito neogüelfo. El conde piamontés daba, en sustancia, una evaluación de signo contrario pero similar a la del príncipe vienés, desconfiando de las astucias de Gioberti y de la espera mesiánica suscitada en las masas por la serie de reformas concedidas desde lo alto sin un sólido vínculo con instituciones parlamentarias, de tipo inglés justamente. "Lord Camilo" bien pronto dio muestras de su posición cuando, en una reunión de directores de periódicos en el hotel Europa el 7 de enero de 1848, quiso ir más allá de la aprobación de la petición genovesa del alejamiento de los jesuitas y las instituciones de la guardia cívica, pidiendo la Constitución y situándose contra Valerio y los demócratas de la "Concordia". Y cuando apoyó el pedido de Constitución, adelantado en el consejo municipal por su amigo Pedro Santarosa, se halló de nuevo contra Sineo y el "partido de los abogados" que insistían en obtener inmediatamente la guardia nacional. Las reformas de por sí, sin una institución que garantizara el control de las mismas (y las convirtiera en leyes orgánicas del Estado) no bastaban a Cavour, quien solicitaba en cambio "una ley orgánica que apoyando en formas parlamentarias su propia autoridad, la consolidara y la convirtiera en garante de los votos de la nación". Pero no fue escuchado y la iniciativa constitucional partió de la revolución siciliana y de las cortes de Nápoles y de Florencia. De todos modos se dedicó afanosamente a trabajar en su "Resurgimiento" y a realizar la tarea que se le confiara en la comisión para la ley electoral, en la que prevalecieron sus orientaciones que tendían a hacer del futuro parlamento un órgano de desempeño eficiente, forjándose así con sus propias manos el que luego sería el principal instrumento para su acción política de liberal italiano: el tributo electoral fue llevado a 45 liras oro contra los 300 que se necesitaban para elegir un diputado en la Cámara de la monarquía de julio, y evitando así el otro error francés de crear una oposición extraparlamentaria de abogados y profesionales. Cavour deseaba ver a todos sus adversarios en las bancas, para responsabilizarlos e incluirlos en la vida constitucional y para darles cómodas vías de retirada. Eran justamente aquellos instrumentos los que la reacción debía temer, más que a los ejércitos guiados por reyes exaltados y por generales incapaces y más que a los cortejos que marchaban detrás del retrato del papa. Lo comprendía bien el jefe reconocido de la reacción europea, Metternich, quien luego de los decretos napolitanos del 18 de enero, notaba: "La facción podría muy bien engañarse en sus esperanzas. Hasta ahora Austria solamente se ha hallado cara a cara con la revolución italiana. Pero las inevitables consecuencias de la revolución napolitana, ¿podrán permanecer ignoradas por Europa? La revolución italiana, que ha marchado bajo el estandarte de las reformas administrativas, se halla implicada en los sucesos del reino de las dos Sicilias en el terreno político. ¿Este hecho simplifica su posición?". En realidad no simplificó nada, y el mismo Metternich fue obligado pocos días después a abandonar el *Balthaus* y Viena, escondido en el fondo de una carroza con el temor de ser reconocido en las estaciones de posta por los mozos cargados de escarapelas rojas. El pueblo de París se sublevaba, las ciudades alemanas, Viena misma, Polonia, Hungría; los checos reivindicaban su nacionalidad, en Milán se alzaban barricadas, Radetzky estaba en fuga. Carlos Alberto en el espejismo de la corona de hierro blandía la espa-

1



2

da italiana y atravesaba el Ticino: era el año 1848.

Cavour en el parlamento

Cavour, director del "Resurgimiento" y capitán de la guardia nacional, quedó en Turín, tan cambiada en los últimos meses. En junio de 1847 el padre había renunciado a la dirección de la policía, el exponente reaccionario y el liberal del antiguo ministerio, Solaro della Margarita y Villamarina, también habían renunciado y el amigo Balbo ocupaba la presidencia del Consejo; la prensa era libre y los demócratas se batían, según el ejemplo de los radicales parisinos, para realizar el esquema pedagógico de la gran Revolución, por la suspensión de la apertura del parlamento y por un período de dictadura que forjara los ánimos a la costumbre de la libertad y de la igualdad. Prevaleció la opinión de Cavour y de los liberales moderados y la nueva Cámara fue inaugurada por Carignano el 8 de mayo de 1848: en aquella Cámara no se hallaba el Cavour derrotado en cuatro distritos de aquel electorado de farmacia y de café que él mismo había ayudado a definir, y sólo con las suplementarias de junio pudo sentarse en el palacio Carignano. Cavour se ubicó pronto en la Cámara como hombre de derecha, no exento de matices de municipalismo, acentuados por su batalla contra la Constituyente italiana propugnada por Gioberti y los demócratas. Utilizando las palabras de Omodeo, el partido democrático mostraba ya cuáles serían los frutos de la Constituyente: "una democracia de tipo francés, elaborada por el disentimiento romántico entre los grandes sueños de palingenesia social y la imposibilidad de traducir en actos los sueños, porque el proceso que convierte en ley a las leyes y les da vigor no obedece a los ímpetus de la fantasía; por lo que toda la palingenesia social habría sido sólo intencional, similar a aquellas pinturas que imitan a las estatuas. Y junto con esta impotencia, la idolatría y el culto escolástico por la gran revolución que Alberto Sorel ha muy bien definido así: la voluntad jacobina de tratar el alma viva de los pueblos como greda y la fantasía de reproducir los gestos de la Convención". Porque nunca como en aquel "año grande", aquel *annus mirabilis*, en aquella impetuosa primavera de los pueblos estuvo presente y se consumó el recuerdo de 1789 y de 1793. Como lo hacía notar Delio Cantimori, "los problemas de entonces, las soluciones propuestas de 1789 a 1821, son los términos de la discusión y de la lucha, o por la afirmativa más o menos breve y más o menos atenuada (por parte de los igualitarios babuvistas a los liberales doctrinarios a la manera de Guizot y de Pellegrino Rossi), o por la negativa (desde los conservadores a los reaccionarios a la manera de Solaro della Margarita). Elementos nuevos en apariencia sólo son aquellos aportados por

1



2

1. Cavour habla en la Cámara en octubre de 1860 (Zennaro).

2. Cavour en una caricatura de Teja; "Pasquino", 24 de marzo de 1861 (Zennaro).

En la página precedente:

1. G. Induno: Victorio Emanuel entra en Venecia, Museo del Resurgimiento, Milán (Scala).

2. M. Bisi: Victorio Emanuel II y Napoleón III en Milán. Museo del Resurgimiento, Milán (Scala).

el romanticismo, tanto en un campo como en el otro, porque a aquel período y a sus discusiones también se remontan los mismos". En sus primeras batallas parlamentarias contra los demócratas y los neogüelfos, Cavour repetía conscientemente la que ya había sido en 1846, al comienzo del "trienio", su oposición a la "secta" mazziniana, en cuyos programas y en cuya acción advertía la contradicción, estigmatizada luego fuertemente y con bien diferentes cánones de interpretación por Marx y Engels; es decir, la contradicción de desear desencadenar fuerzas sociales no interesadas en la subversión de los principios del "orden y de la propiedad" para hacerles aceptar los limitados frutos de una abstracta "democracia": "En Italia —escribía Cavour en el 46— una revolución democrática no tiene probabilidad de éxito. Para convencerse de ello basta con analizar los elementos de que se compone el partido favorable a las novedades políticas. Este partido no encuentra grandes simpatías en las masas que, salvo algunas raras poblaciones urbanas, se hallan en general muy aferradas a las viejas instituciones del país. Su fuerza reside casi exclusivamente en la clase media y en parte en la clase superior. Ahora bien, tanto una como la otra tienen muchos intereses para conservar y defender. La propiedad, gracias al cielo, no es el privilegio exclusivo de ninguna clase en Italia. Aún donde existen las ruinas de una sociedad feudal, esta participa en la tercera categoría de la propiedad inmobiliarias. Sobre clases tan fuertemente interesadas en el mantenimiento del orden social, las doctrinas de la Joven Italia no tienen influencia. Por lo tanto, a excepción de los jóvenes entre los cuales la experiencia no ha modificado aún las doctrinas absorbidas en la atmósfera excitante de las escuelas, se puede afirmar que en Italia existe sólo un pequeñísimo número de personas seriamente dispuestas a poner en práctica los principios exaltados por una secta exasperada por la desventura. Si el orden social estuviera realmente amenazado, si los grandes principios sobre los que descansa corrieran un peligro real, estamos seguros de que se vería a muchos de los opositores más determinados, de los republicanos más exaltados, presentarse a las filas del partido conservador".
Esta carta, justamente puesta de relieve por Maturi y por Cantimori, nos da la clave para comprender la posición de Cavour en sus primeras batallas parlamentarias y también nos proporciona una simple pero clara luz para comprender el miserable fin de Guerrazzi y de la democracia toscana. Aún cuando Cavour, por su parte, no comprendía la gran importancia de la "secta" que, arando con la predicación y el martirio los pesados terrones itálicos adormecidos en un sueño secular, mantuvo alerta no sólo los ánimos de las poblaciones sino también la atención de los gobiernos, permitiéndole también a él, internacionalizar la cuestión italiana y darle solución. Pero los sucesos de 1860 eran todavía de un lejano e inopinable futuro: la realidad de aquel "año grande" fue que el binomio revolución-guerra, que se había hecho clásico desde la época de la Legislativa y de la Convención no funcionó no sólo con la Francia de Cavaignac, sino tampoco con la de febrero de los Ledru-Rollin y de los Lamartine; aquella esperanza fallida signó el fin del ministerio Casati-Gioberti, nacido con Custoza. Luego del breve paréntesis del ministerio Perrone-Pinelli, durante el cual Cavour se unió a la derecha tratando de combatir las ilusiones y las esperanzas de los demócratas, que tenían entonces en Gioberti a su jefe reconocido y mientras Mazzini se aprestaba a correr la aventura de la República romana, volvió Gioberti al poder, con su "ministerio democrático", al que Cavour prestó un apoyo débil y forzado; por lo tanto, se integraba éste a la vida parlamentaria de su país estrechando alianza con la derecha, comprendida en la misma la extrema de los municipalistas. Luego de Novara y de la caída de Gioberti, es decir, luego del fracaso de la política de Carlos Alberto, aquella alianza se tornó más orgánica, aun cuando el conde deseó mantener siempre una posición reservada y a veces crítica para con la excesiva rigidez de d'Azeglio y de su ministerio. Justamente en aquel momento tan delicado para la supervivencia misma de las instituciones constitucionales que, por otra parte, naufragaban por doquier, Cavour trató de detener la oleada reaccionaria y se pude decir que fue en ese momento cuando comenzó a mirar hacia el centro izquierdo, prefigurando en su mente, si bien todavía fuera del gobierno, aquella famosa operación de algunos años más tarde que pasó a la historia con el nombre de "connubio". El 48 italiano, cuyo crepúsculo flameaba aún relumbrante sobre el Gianícolo y sobre la laguna, llegaba a su ocaso en Novara por la espada del mariscal Radetzky. Había sido un impetuoso vendaval y, en el plano más estrictamente material, una violenta fiebre de crecimiento de la nueva sociedad burguesa, todavía en formación en los estados continentales de Europa. Aquella sociedad supo superar la crisis; Francia, los estados alemanes e italianos, el imperio de los Habsburgo, supieron dominar la sublevación violenta de las masas y encaramarse nuevamente a las posiciones de conservación y de reacción; en cuanto a esto último, Austria fue el baluarte. Pero aquella primavera de los pueblos había impartido una severa lección a aquellos que se batían por las libertades civiles y políticas, la del llamado al realismo y del abandono de toda ilusión, aún generosa, en todo mito de palingenesia social y de revolución nacional por pura fuerza de pueblo. En Italia, esta lección dio sus frutos en Piamonte, único estado que quedara fuera de la directa influencia austríaca y, además, el único que había sobrevivido a las perturbaciones del 48 sin perder en las mismas aquella garantía de futuros adelantos en el camino de las libertades. El estado subalpino permaneció con un gobierno constitucional, aun cuando no del todo parlamentario, es decir, con un hueco abierto en sentido liberal si se hubieran creado las condiciones para realizar ciertas reformas y si se hubieran encontrado hombres y fuerzas capaces de llevar adelante aquel proceso iniciado contra la reacción europea. Las semillas arrojadas en el 48 germinaron en los años siguientes y pudieron florecer en aquellas fuerzas de progreso y de libertad que hallaron luego también a los hombres que supieron hacerlas madurar: primero entre ellos Camilo de Cavour, que en la política de consolidación civil y militar y de liberación de las estructuras de su pequeño Estado supo implantar la idea unitaria, predicada y testimoniada por Mazzini y tantos patriotas, que finalmente debía conducir a la formación de una nueva estructura estatal surgida sobre los despojos de las estructuras del *antiguo régimen*. Como escribiera Engels en 1892, "la revolución del 1848, como muchas de las que la precedieron, tuvo una extraña suerte. Aquellos que la abatieron se convirtieron, como solía decir Karl Marx, en sus 'ejecutores testamentarios'. Luis Napoleón debió crear una Italia unida e independiente, Bismarck debió revolucionar a su modo a Alemania y restituir a Hungría cierta independencia, y los industriales ingleses se hallaron en la necesidad de dar fuerza de ley a la Carta del pueblo".

Intérprete moderado del 48

En Piamonte, ya durante los oscuros meses de la guerra y en los contragolpes de la derrota, no habían faltado las voces de golpe de estado, que estuvieron a punto de convertirse en realidad con la ocupación *manu militari* de la insurrecta Génova y con la proclama de Moncalieri, y ello no habría sido más que el triste premio debido a las revoluciones amenazantes y no realizadas. Comenzaba un difícil juego de equilibrio, confiado en gran parte al nuevo rey que, teniendo presente las tradiciones de la Casa de Saboya, no dejaba de dar las más amplias seguridades a Austria y a Francia rehusándose, sin embargo a seguir el ejemplo de Carlos X y a instaurar un régimen francamente reaccionario con la abolición de las libertades concedidas por el padre; tal vez también porque no disponía de ningún Polignac.
El parlamento y la libertad de prensa, pilares de la nueva vida civil que marcaban un profundo abismo entre el reino de Cerdeña, y los otros estados italianos, continuaron indemnes, aunque desde Viena se apelara a la solidaridad de los tronos contra la revolución y el peligro socialista. En las instrucciones al conde Appony, nue-

vo representante imperial en Turín, se leía: "Estamos prontos a tender la mano a todos los depositarios del poder que comparten nuestra convicción de que el franco y cordial entendimiento entre todos los gobiernos es la última áncora de salvación contra los peligros con que amenazan a todos las doctrinas disolventes del socialismo". Y en el primer coloquio que Appony sostuvo en la corte, sintió decir, un poco sorprendido, al joven rey: "Son los canallas demócratas la causa de todo el mal ... y los ministros demagogos que teníamos entonces estaban en el complot. Mi única pena es la de no haberlos podido ahorcar a todos". En cuanto a los refugiados lombardos, ellos "no son más que pusilánimes y viles que sólo tienen coraje para el desorden". El rey aseguraba luego al perplejo embajador que el país era bueno y que "sólo en las ciudades y entre abogados, notarios, médicos y farmacéuticos se reclutan los demócratas; pero no es más que una pequeña minoría turbulenta; con un par de regimientos, me encargo de conducir a la razón de estos canallas". La violencia del lenguaje era excesiva para reflejar el verdadero pensamiento del rey, y en efecto la primera oleada reaccionaria se agotó aún antes de lo previsto y justamente sobre un punto de política interna que tocaba los intereses de aquella gran potencia internacional reaccionaria que era la Iglesia católica, es decir, la abolición del fuero eclesiástico y de otras exenciones de que gozaba el clero con respecto a las leyes nacionales: fueron las famosas leyes Siccardi, primer punto firme en la nueva dirección de la política subalpina. Contra la derecha de Balbo y Revel, que temía que las leyes del nuevo guardasellos sirvieran para agitar las aguas momentáneamente tranquilas, Cavour afirmaba en la Cámara: "Bien, señores, si vosotros deseáis prever para estos tiempos procelosos, ¿sabéis cuál es el mejor medio? Consiste en hacer las reformas en tiempos de paz; reformar los abusos mientras ello no está impuesto por los partidos extremos. Si deseáis reducir a la impotencia, o por lo menos menguar la fuerza de estos partidos, no tenéis mejor medio que quitarles el arma más poderosa, que es la de exigir la reforma de los abusos cuya existencia no se puede negar".

Aparte de la interpretación general del Estatuto como base para las reformas (contra el aserto de d'Azeglio, "nada más ni nada menos") comenzaba a vislumbrarse la técnica parlamentaria de Cavour, que consistía en apropiarse oportunamente de las justas exigencias de los adversarios para hacerlas suyas y desarrollarlas según su propio criterio: "Las reformas realizadas a tiempo en lugar de debilitar la autoridad la refuerzan; en lugar de aumentar la fuerza del espíritu revolucionario, lo reducen a la impotencia . . . Progresad largamente en la vía de las reformas, y no temáis que las mismas sean declaradas inoportunas; no temáis debilitar el poder del trono constitucional que se ha confiado a vuestras manos, porque lo reforzaréis, con ello haréis que este trono desarrolle en nuestro país raíces tan sólidas, que aún cuando se produzca a nuestro alrededor la tempestad revolucionaria, el mismo no sólo podrá resistir esta tormenta sino que además, recogiendo en torno a sí a todas las fuerzas vivas de Italia, podrá conducir a nuestra nación a los altos destinos a los que está destinada." En el verano de 1850 planteó con energía al ministerio de d'Azeglio la alternativa de comenzar con el programa de reformas, sobre todo en el campo financiero, o dejar nacer una fuerza de oposición en el seno mismo de la mayoría. Con la muerte de Santarosa, ministro de Agricultura, Industria y Comercio, d'Azeglio no pudo evitar embarcar a Cavour en la estructura ministerial; habiendo obtenido para sí también el Ministerio de Marina, separado del de Guerra, podía de esta manera controlar la vida económica del país y, además, los negocios particulares de Génova. Sin hallarse a la cabeza del gobierno, pronto Cavour se había convertido en el miembro más influyente, y casi inadvertidamente las cosas comenzaron a tomar una nueva dirección. Como observaba Omodeo, "aquel ministro que intervenía en la discusión, que mantenía el contacto con la mayoría, que polemizaba con la minoría, pero que reconocía al mismo tiempo una función y aceptaba ideas, anulaba el dualismo receloso que hasta entonces había existido entre el Ministerio y la Cámara. Casi sin controversia legal, se realizaba un pasaje del régimen constitucional al parlamentario. La Cámara comenzaba a sentir al gobierno no más como representante de la burocracia sino como su misma expresión". La progresiva consolidación de la Cámara como organismo técnico fue el primer resultado positivo de la acción ministerial de Cavour (aún cuando así no lo consideraran Brofferio y la izquierda). Gioberti lo proclamaba un "magnífico error", pero Cavour tenía plena conciencia del significado de liberación de nuevas energías y de polo de atracción para las fuerzas italianas que las libres discusiones en el palacio Carignano desencadenaban: "Yo creo más bien que somos un pueblo pequeño por nuestra fuerza y por nuestra condición física, pero que somos en este momento un pueblo grande porque somos tal vez el pueblo que más fielmente representa la idea de progreso y de libertad moderada: y yo digo que esta idea está destinada a extenderse y a recorrer toda Europa."

Uno de los primeros resultados prácticos de la acción de Cavour fue el alejamiento del personal diplomático ligado estrechamente a las fuerzas y a los ideales de la reacción: Pralormo, Gallina, Brignole-Sale, Spinola, Colobiano, debieron dejar sus puestos. Otra, entre las primeras acciones del conde, fue la de detener la oleada anticlerical que amenazaba con destruirse a sí misma, e introducir graves elementos de perturbación en el país y producir reacciones nocivas para el ordenado desarrollo de las instituciones liberales. Luego de haber apoyado las leyes Siccardi y la acción gubernativa contra el subversivo arzobispo de Turín, Fransoni (considerado demasiado rígido aun por el embajador austríaco), encerrado primero en Fenestrelle y luego expulsado del reino, Cavour no intentó favorecer los desarrollos realistas de esta batalla anticlerical, prefiriendo —en ocasión de la enseñanza universitaria de la teología— la abstención del Estado en cuanto a cuestiones similares; sostuvo que tal materia pertenecía a los obispos. Estas acciones primeras del conde bastaron a los reaccionarios para comprender la verdadera naturaleza del ingreso de Cavour en el Ministerio, y no se hicieron ilusiones acerca del curso que tomarían las cosas en el país, curso muy distinto del que comenzara en Toscana con el retorno del gran duque bajo la protección de las bayonetas imperiales y testimoniado por los decretos ducales de setiembre de 1850 que precedieron a la abolición definitiva del Estatuto concedido bajo presión popular. En Piamonte, la caída del ministerio "democrático" no había hallado el vacío, sino fuerzas muy decididas a seguir en el camino emprendido.

La opinión de los círculos reaccionarios acerca de Cavour puede ser muy bien ejemplificada con el juicio de Appony enviada a Viena en octubre. "No tengo necesidad de señalaros el rol que el señor Cavour juega desde hace dos años como diputado y como publicista; el mismo os es suficientemente conocido. Ambicioso e intrigante, aspiraba solamente a entrar en el gobierno, y este objetivo originó toda su conducta parlamentaria. Ya haciendo oposición al gabinete para derribarlo y llegar a su vez al poder, ya sosteniéndolo como precio de su apoyo, el señor Cavour siempre ha sido un amigo pérfido y un adversario peligroso. Parece ser que, considerándolo desde este último punto de vista, el Ministerio lo ha juzgado más peligroso, viéndose al mismo tiempo reducido a la necesidad de completarse, en la víspera de la reapertura del Parlamento, con el agregado de un buen orador, un financista hábil y un diputado influyente. Como hombre privado, el señor Cavour tiene pocos amigos y muchos detractores. Inmiscuido en todas las empresas industriales del país, su falta de delicadeza en los negocios lo ha perjudicado en la consideración pública. Su hermano, el marqués Gustavo de Cavour, con quien los periódicos extranjeros lo han confundido alguna vez, profesa principios diametralmente opuestos: es uno de los jefes del partido católico, y dirige el periódico "La Armonía", que es el órgano del mismo. El ingreso del señor Cavour en el gabiente es un problema para el señor d'Azeglio, que no lo



PER GRAZIA DI DIO E PER VOLONTÀ DELLA NAZIONE

RE D' ITALIA

Il Senato e la Camera dei Deputati hanno approvato;
Noi abbiamo sanzionato e promulghiamo quanto segue:

Art. I

Non sono più riconosciute come enti morali:

1°. I Capitoli delle chiese collegiate, le chiese ricettizie, le comunie e le cappellanie corali, salvo, per quelle tra esse che abbiano cura d'anime, un solo beneficio curato od una quota curata di massa per congrua parrocchiale;

2°. I Canonicati, i benefizi e le cappellanie di patronato regio e laicale de' capitoli delle chiese cattedrali;

3°. Le abbazie ed i priorati di natura abbaziale;

4°. I benefizi ai quali, per la loro fondazione, non sia annessa cura d'anima attuale, o l'obbligazione principale permanente di coadiuvare al parroco nell'esercizio della cura;

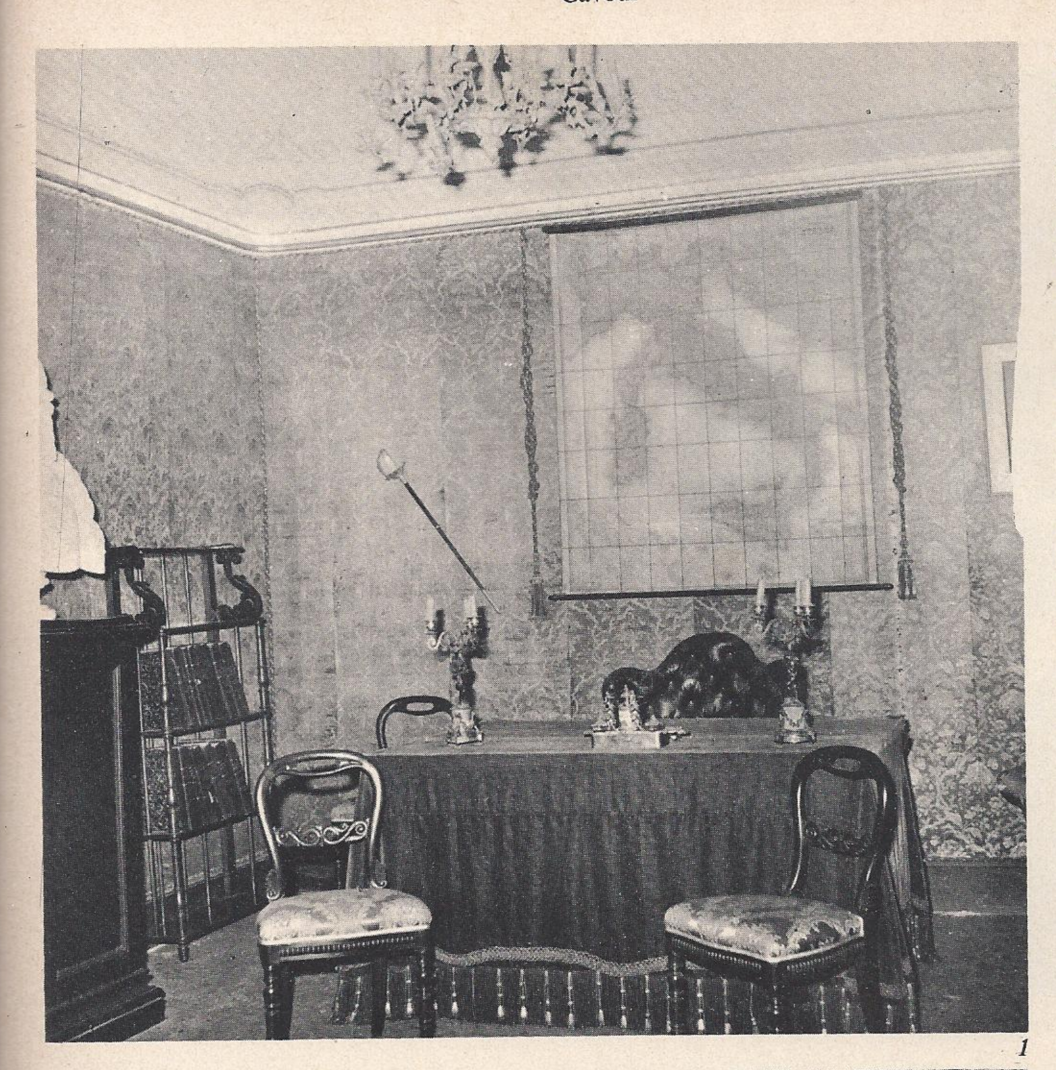
5°. Le prelature e cappellanie ecclesiastiche, o laicali

6°. Le istituzioni con carattere di perpetuità, che sotto qualsivoglia denominazione o titolo sono generalmente qualificate come fondazioni o legati pii per oggetto di culto, quand'anche non erette in titolo ecclesiastico, ad eccezione delle fabbricerie, od opere destinate alla conservazione dei monumenti ed edifizi sacri che si conserveranno del culto. Gli istituti di natura mista saranno conserva-

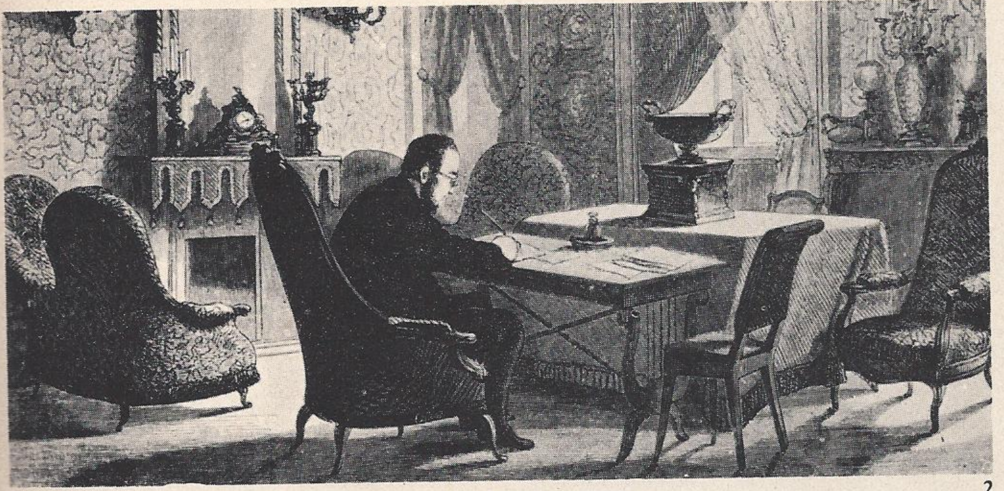
quiere y teme su carácter dominante. Se que decía, a algunos íntimos, hace algunas semanas, que nunca podría ser colega de un hombre que en el asunto Bianchi-Giovini había sido tal hostil para con él. También en cuanto a cuestiones más graves el señor Cavour tiene opiniones divergentes de las del presidente del Consejo. Así, por ejemplo, se ha opuesto a cualquier medida restrictiva contra la prensa y, en la cuestión religiosa, el periódico que él dirige, el "Resurgimiento", se ha declarado en contra de un nuevo concordato en razón de que el mismo sólo podría obtenerse mediante concesiones y Piamonte no debe hacerlas a la Santa Sede. Así, aparte del hecho de que el nombramiento del señor Cavour dificultará aún más el acuerdo con la corte de Roma, el nuevo ministro será un elemento de discordia en el gabinete y, a menos que el señor d'Azeglio sacrifique en muchos aspectos sus opiniones y sus tendencias para permitirles accionar a Siccardi y a Cavour, ya verdaderos jefes del Ministerio, me parece imposible que el señor d'Azeglio se mantenga por mucho tiempo en el poder."
Y efectivamente no se mantuvo mucho tiempo: como dijera el mismo Cavour, "un buen día la cuerda se rompió". Fue naturalmente d'Azeglio quien dio el paso, y ello ocurrió justamente por una de las más geniales y responsables maniobras de Cavour; aquella del famoso "connubio" con el centro izquierdo de Rattazzi y de Lanza que logró superar la opresión reaccionaria por la que el Ministerio y las mismas libertades constitucionales estaban a punto de ser estranguladas, luego del golpe de estado de Luis Bonaparte del 2 de diciembre de 1851.
El fin de la Segunda República, al disipar el temor nutrido por las elecciones de 1852 (el denominado "gran temor del 52), realzó la esperanza y la arrogancia reaccionaria en toda Europa, cuyos primeros grandes efectos fueron la crisis belga y la caída de Palmerston y del gabinete liberal Russel y el advenimiento de los conservadores a la cabeza del imperio de la reina Victoria. Parecía una opresión mortal para Piamonte, aprisionado entre las dos grandes potencias católicas y reaccionarias y carente del apoyo que le proporcionaba el "protector" lord liberal. Pero el agudo y audaz viraje de Cavour, que provocara una general confusión de papeles y que desplazara repentinamente a las fuerzas ultraconservadoras y reaccionarias, le evitó a Piamonte caer en el abrazo mortal y le proporcionó los medios para reaccionar y remontar la corriente. El "connubio" fue puesto en obra en febrero de 1852 y, a comienzos del varano renunció Cavour, dejando que el nuevo gabinete de d'Azeglio viviera un triste período hasta su muerte natural; mostró tomar las cosas con alegría, como unas inesperadas vacaciones, marchándose a Francia, Bélgica e Inglaterra a tomar contacto con los nuevos círculos dirigentes de aquellos países.
El 4 de noviembre de aquel mismo año asumía el cargo el nuevo gabinete presidido por Camilo Cavour, quien también se hacía cargo de las finanzas; Urbano Rattazzi presidía la cámara de los diputados. Así, como después de la proclama de Moncalieri se habían tenido las leyes Siccardi, luego del golpe de estado en Francia se había realizado el "connubio", como demostración de que la permanencia del Estatuto y de la libertad de prensa y la existencia de fuerzas animadas por el deseo de consolidar las libertades constitucionales eran elementos suficientes para superar toda *impasse* a que la reacción hubiera deseado obligar al país. Era, además, una base preciosa para seguir adelante.

El ministro

Con el "gran ministerio" de Cavour se inicia una nueva fase en la historia del reino subalpino: el pasaje definitivo del régimen constitucional al parlamentario. La intensísima actividad legislativa de la Cámara (con el ministerio de las finanzas que "confiscaba" la acción de todos los otros), la continuidad de las fundamentales libertades civiles, todo ello hacía de Piamonte un *unicum*, que servía como modelo en forma creciente a los patriotas italianos, los que podían reconocer en el mismo el fenómeno de la disolución progresiva del estado regional en otro más vasto y de contornos aún sumamente imprecisos, pero basado en la idea nacional italiana. Mientras en todo el resto de la Italia austríaca, borbónica y papal crepitaban los mosquetes de los pelotones de ejecución y las horcas trabajaban vivamente, en Turín una nueva clase dirigente, empeñada en los negocios y en los comercios, trabajaba por la consolidación y el desarrollo liberal de aquella célula de una futura Italia. A la cabeza de aquella gran obra, alma de todo el proceso de consolidación, estuvo Cavour, quien "hizo aprobar a la Cámara un proyecto para la reforma de las Cámaras de comercio sobre bases electivas, que no tuvo fortuna ante el Senado. Luego lanzó una ley de impuestos mobiliarios y personales, llevó adelante los ulteriores proyectos para la reforma administrativa, hizo suprimir el rescate de la deuda pública de Cerdeña, prosiguiendo la unificación legislativa y administrativa de la isla con el continente. Hizo además aprobar la ley para la conservación del catastro de reciente factura en Cerdeña que debía regular el nuevo sistema tributario de la isla, mientras preparaba las leyes para un nuevo catastro de las provincias continentales. Superó la ardua fatiga de hacer establecer los créditos supletivos pra el clero de Cerdeña que había quedado sin subsistencia por la abolición del diezmo, y luego, alternando con las largas discusiones del balance de 1853 que debía proporcionar el esquema del balance normal para los años siguientes, poner término de esta manera al muy frecuente recurso al ejercicio provisorio; llevó adelante las nuevas leyes de imposición sobre los carruajes, sobre las sociedades anónimas y mutuales. Otras leyes proveyeron a las redes ferroviarias del reino. Se deliberó sobre la prolongación de la línea Génova-Turín hasta el Lago Mayor, en vista de la perforación del Lukmanier, que uniría Suiza y Alemania con el puerto mediterráneo, y se votó la línea ferroviaria de Saboya. Se sancionó el acuerdo para la navegación transatlántica, que daría nueva orientación a la actividad del puerto de Génova, que mucho se atrasaba con el mezquino comercio de los granos del Mar Negro. Se mejoró la pavimentación de Cerdeña y el condado de Niza, y se dispuso la adjudicación de la explotación racional de las salinas sardas. Poco antes de que las Cámara cerrara sus trabajos para sus vacaciones estivales del año 1853, con un último esfuerzo, el ministerio hizo pasar el proyecto que confiaba al Banco Nacional la tesorería del Estado y aumentaba el capital de la banca misma a 32 millones (oro)" (Omodeo).
En forma queda se proseguía la política de los armamentos, cuyo objetivo no podía ser dudoso para nadie, y se lo vio cuando, luego de la revolución de Milán del 6 de febrero de 1853, Austria decretó el secuestro sobre los bienes de los emigrados lombardos: medida de represalia que no fue aprobada por ninguna cancillería y que tuvo el efecto de enfrentarse contra una gran parte de la opinión pública lombarda, e italiana en general. Esto dio motivo a Cavour para romper relaciones con Viena, atribuyéndole también al gobierno imperial la responsabilidad de haber cumplido un peligroso atentado al principio de propiedad y de haber proporcionado un fácil aliciente para la perturbación del orden por parte de los revolucionarios. La descubierta posición antiaustríaca de Cavour y su notoria vinculación con el movimiento nacional le proporcionaron al primer ministro un instintivo movimiento de solidaridad por parte de la opinión democrática y patriótica, pero también lo pusieron en contra del elemento conservador de su país. La carestía del verano del 53, las pestes de las viñas y de los gusanos, la interrupción del flujo de grano ruso en Génova a causa de la guerra de Oriente estallada en octubre, el derrumbe en la Bolsa de Turín de los títulos de Estado, que la reacción trató de explotar en perjuicio de Cavour: todo ello provocó que el 18 de octubre una multitud de ciudadanos asaltara el palacio Cavour y a duras penas la fuerza pública pudo restablecer el orden. El efecto de la violencia fue contrario a las esperanzas reaccionarias y, una vez más, se resolvió con un nuevo paso a la izquierda. Rattazzi entraba en el ministerio como guardasellos; luego la Cámara fue disuelta y en las nuevas elecciones del 8 de diciembre la mayoría gubernativa se reforzó obteniendo 140 diputados sobre el total de 204.



1



2

En la página 23:

1. Proclama del nuevo Estado italiano contra los privilegios del clero (F. Arborio Mella).

1. El estudio de Cavour en el Palacio Carignano (F. Arborio Mella).

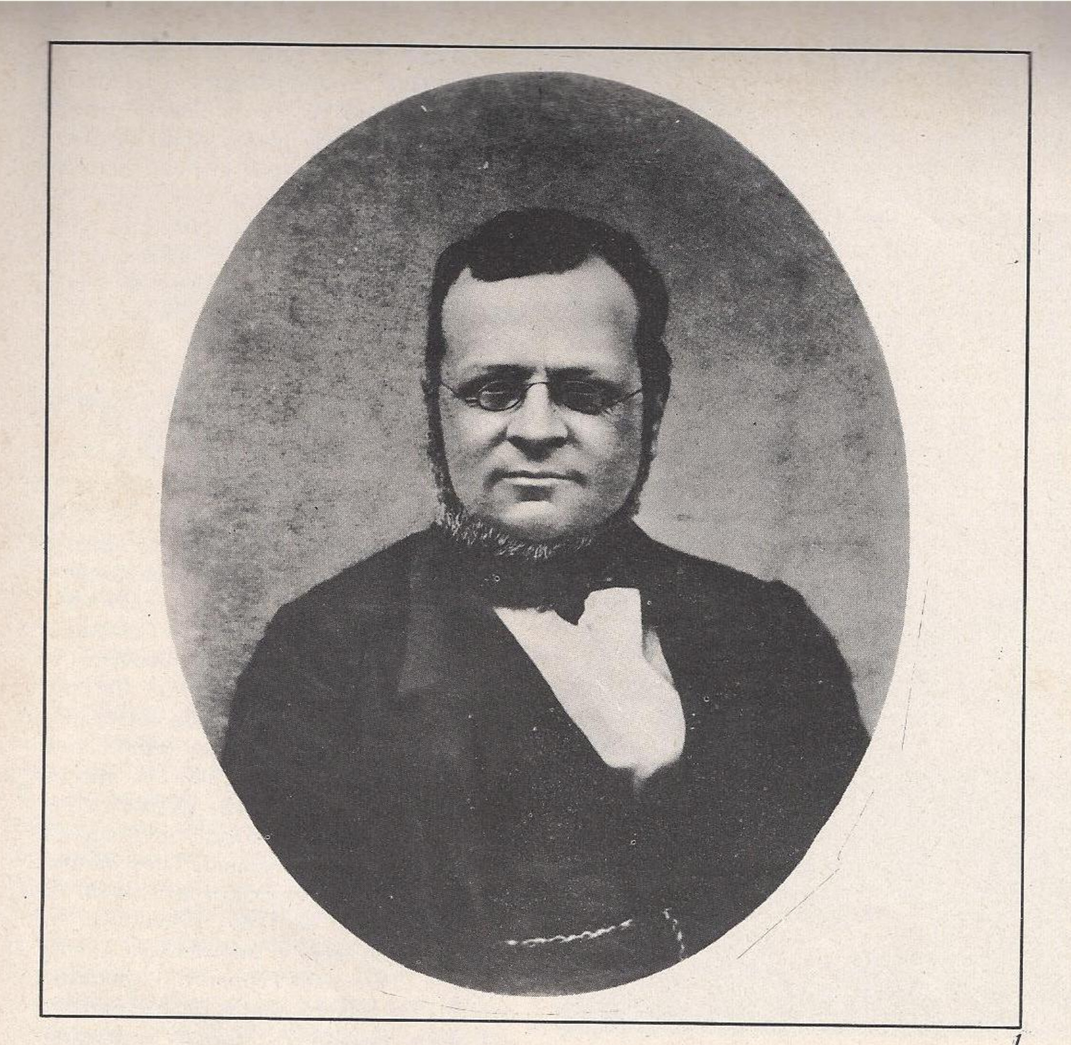
2. Cavour en su estudio: "Il mondo illustrato", 1860 (Zennaro).

Consolidado así en forma parlamentaria y comprometido en una peligrosa y no deseada aventura militar en la lejana Rusia, aventura cargada de imprevisibles desarrollos diplomáticos, Cavour afrontó victoriosamente también la última grave crisis interna, la de abril-mayo de 1855, que puso una vez más en discusión el ordenamiento constitucional del reino. Luego de cinco años de las leyes Siccardi, el terreno era siempre el de la competencia y del antagonismo con el poder eclesiástico, terreno siempre elegido por la reacción europea para poner en crisis a los países que se aprestaban a moverse sobre la vía del progreso. Fue la denominada crisis Calabiana cuando, durante la discusión de la ley para la confiscación de los bienes de las órdenes religiosas no dedicadas a las beneficencia, a la predicación o a la enseñanza, el obispo de Casale, monseñor Nazari de Calabiana, propuso pagar una suma equivalente al rédito supuesto de tales bienes: ello significaba presentar al episcopado como cuerpo autónomo no sujeto a la ley común, anulando de un solo golpe toda la historia europea del siglo XVIII. Las fortísimas presiones del papa sobre el rey (golpeado en aquella época por gravísimos lutos familiares en los que los clericales no dejaron de insinuar el dedo de Dios) provocaron las de este último sobre el ministerio, y Cavour renunció. Pero todo Piamonte se solidarizó con él y se levantó contra las pretensiones del clero; cuando los obispos rechazaron también una enmienda que otorgaba al Estado un impuesto sobre las rentas de los prelados, el rey se vio descubierto y volvió a llamar a Cavour quien, luego de este incidente, pudo retomar su acción con desenvoltura aún mayor, ya que las pretensiones romanas habían cavado un gran surco entre el partido clerical y la monarquía.

Pero la consolidación interna de aquellos años (en los que ya se vislumbra la línea de Cavour para la solución de las relaciones Estado-Iglesia), fundada en la separación de los poderes respectivos y famosa, por la fórmula "Iglesia libre en Estado libre") está subordinado, y en cierto sentido ligado, a las primeras acciones de política exterior que él arriesgó estando a la cabeza de un estado de segundo orden mientras se chocaban las grandes potencias. El 10 de abril de 1854 Francia e Inglaterra habían descendido al campo para salvar al "cadáver" turco contra la tentativa del zar Nicolás I de establecerse en el Mediterráneo meridional. La opinión europea liberal y democrática creyó hallarse frente a un gran conflicto ideológico: la libertad contra la opresión, el progreso contra la reacción. Se pensaba que Austria, por entonces encerrada en una ambigua neutralidad, no podía eximirse, por solidaridad ideológica y gratitud por la ayuda recibida en el pasado, de correr en socorro del autócrata de Petersburgo. Sólo Mazzini, esta vez de acuer-

1. Camilo Benso de Cavour (Alinari).

2. Los funerales de Cavour, en una estampa del "Mondo illustrato" de 1861 (Zennaro).



1



2

do con Marx, comprendió que se trataba de un encuentro entre las grandes potencias en el mero ámbito del equilibrio europeo, sin que entraran para nada los intereses de los pueblos. También Cavour se dejó engañar por el espejismo de la guerra ideológica, pensando además que la misma debería librarse entre las potencias orientales y las occidentales en el valle del Po. Pero supo ajustar rápidamente su óptica, manteniendo al mismo tiempo la línea de participar en algún modo en la guerra que se combatía en Crimea, aún cuando Austria fue obligada (no del todo maldispuesta, con más interés por bloquear el expansionismo ruso en los Balcanes que por la alianza puramente ideológica con los principios de la Santa Alianza) a colaborar con los occidentales. Cavour se hizo invitar por la alianza franco-inglesa y logró imponer un comando autónomo piamontés en el campo de batalla de Crimea. Se lanzó también a la aventura para evitar que un ministerio Revel tomara su lugar en la condución del país, cuando el rey ya estaba decidido a desenvainar la espada sin condiciones y garantías preventivas por parte de los aliados. La crisis se resolvió con la renuncia de Dabormida al ministerio de asuntos exteriores, cuya cartera fue asumida *pro-tempore* por Cavour el 9 de enero de 1855. No fue el plan previsor que había construido en 1855 para las eventuales condiciones del 59-60, sino simplemente una astuta acción de adaptación a las situaciones y un riesgo calculado fríamente en homenaje a la línea de desarrollo liberal que le era propia y que no corresponde a los cánones teológicos de la hagiografía moderada.

Los 18.000 piamonteses del cuerpo de expedición a Crimea, luego de ser diezmados por el cólera, tomaron parte en la batalla de Cernaia, el 16 de agosto de 1855, preludio a la toma de Sebastopol por parte de los aliados. La caída de la fortaleza rusa signó también el fin de la guerra de ahí a poco tiempo y, con el mismo, de las residuas esperanzas liberales de implicar a las potencias en una guerra general para el reordenamiento de Europa. Por otra parte, las víctimas del cólera y los 14 soldados piamonteses caídos en la Cernaia permitían al ministro de una potencia de segundo orden sentarse en la mesa de la paz donde se discutía acerca del orden europeo: tal resultado no debía considerarse pequeño. El 25 de febrero de 1856 se inició el congreso de París, en el que participó Cavour en paridad de derecho con los ministros de las grandes potencias, si bien con el agregado del consejo de no inmiscuirse demasiado en cuestiones que no se refirieran a su pequeño país. Para el conde turinés fue, más que el banco de prueba definitivo de sus capacidades de estadista, el primer contacto con los patrones del mundo, contacto que le permitió montar los audaces planes sucesivos y darle jaque a Austria, logrando en parte hacer de París el primer eslabón de una escalada contra el congreso de Viena de 1815. En aquella ocasión Cavour logró comprender el *secreto* de Napoleón III: modificar la política filoaustríaca de Walewski y consolidar la íntima naturaleza de la alianza franco-inglesa más allá de los velos de la diplomacia oficial. En las mesas de París se preparó Plombières, aun cuando el hilo tejido en 1856 era todavía delgadísimo: el único resultado que obtuvo fue que se hablara de Italia, a despecho del ministro austríaco Buol, pero no obtuvo el ducado de Parma ni el de Módena, ni la reforma del gobierno pontificio, ni una toma de posición del congreso contra el Borbón de Nápoles. Obtuvo en cambio, que Francia e Inglaterra imprimieran su estigma de infamia sobre los gobiernos despóticos de la península y que la influencia austríaca fuera puesta en discusión. Si el haberse sentado a la mesa de las conferencias parisinas había representado para Cavour un gran resultado, aún más positivo fue el modo en que se retiró, con Francia e Inglaterra comprometidas a medias a disputar la influencia austríaca en Italia y a cooperar con Piamonte y con el movimiento nacional italiano, en el que él mismo, afirmaba su hegemonía.

Inspirador de la política "italiana"

Vuelto a Turín, encontró un parlamento cambiado: las oposiciones callaban, llenas de respeto por el hombre que había conquistado para el pequeño país subalpino un lugar en el consenso europeo, por el hombre de estatura mundial que sabía tratar a la par con Clarendon, Buol, Walewski. En este nuevo ambiente, donde los acentos italianos resonaban ya libremente, también el conde —al principio descontento— tomó conciencia de los resultados alcanzados y fue incitado a seguir adelante: "Las grandes soluciones no se operan, señores, con la pluma. La diplomacia es incapaz de cambiar la situación de los pueblos. A lo sumo, puede sancionar los hechos concretos y darles forma legal." Una guerra contra Austria conducida con el apoyo de Europa comenzaba a parecerle un objetivo alcanzable: "La condición anómala e infeliz de Italia fue denunciada a Europa no por demagogos, por revolucionarios exaltados, por periodistas apasionados, por hombres de partido, sino por representantes de las primeras potencias de Europa . . . Por primera vez en la historia nuestra la cuestión italiana ha sido llevada y discutida ante un congreso europeo, no como otras veces, no como en el congreso de Laybach y en el congreso de Verona, con la intención de agravar los males de Italia y de reforzar sus cadenas, sino con la intención claramente manifestada de llevar a sus males algún remedio, con la declaración de la gran simpatía que sentían por ella las grandes naciones." Era un modo de cortar la hierba bajo los pies de la diplomacia y de obligarla a rever seriamente la situación en el valle de Padua, haciendo un llamado a la opinión pública europea. Cavour comenzó a trabajar para profundizar frente a los italianos el significado de la nueva posición suya y del Piamonte: estrechó contactos con la Sociedad Nacional de La Farina y con Garibaldi, permitió desarrollarse la expedición de Pisacane, hizo pensar en una deseada tolerancia para con la actividad mazziniana. Estos nuevos y poco ortodoxos vínculos le permitieron superar una grave crisis del "connubio", originada en el proceso clerical y de la derecha en general, en los elecciones del 15 de noviembre de 1857; la necesaria desviaciòn a la derecha se limitó a la salida de Rattazzi del gobierno, quien se convirtió desde entonces en el hombre de cambio del rey.

El atentado de Félix Orsini contra Napoleón II (14 de enero de 1858) sacudió a la Europa conservadora, pero el peligro de una oleada reaccionaria fue superado y conjurado por el temor de un peligro mayor, el de un movimiento revolucionario general, de un nuevo 48, iluminado por las bombas que habían estallado frente a la *Ópera*. El emperador de los franceses se convenció que la situación italiana no podía durar mucho tiempo en ese estado anómalo; y si no se deseaba que se convirtiera en la mecha de todas las conjuraciones y revoluciones, mientras las sombras de Mazzini y de Kossuth aterrorizaban y exasperaban la prepotencia de los Habsburgos, Piamonte se presentaba como la única garantía de evitarlo. El 20 de julio de aquel año, en un centro termal de los Vosgos, en Plombières, Cavour y Napoleón III echaron, con total desconocimiento de la diplomacia oficial, las bases de la alianza franco-sarda, reforzada y casi sellada por el matrimonio del príncipe Girolamo con la hija de Victorio Emanuel. La Italia planeada en el acuerdo de Plombières, que debía surgir de una guerra contra Austria, era la siguiente: un reino de la Alta Italia con el valle del Po, las Romañas y las legaciones bajo la casa de Saboya. El Papa en Roma con el Lazio; un reino de Italia central con Toscana y el resto de los estados papales; el reino de las Dos Sicilias íntegro. Murat y la duquesa de Parma, en la deseada eventualidad de la fuga a Austria de Leopoldo y Fernando, eran los más probables candidatos a los tronos de Nápoles y Florencia; los cuatro estados estarían reunidos en confederación bajo la presidencia del Papa; Saboya y Niza eran pedidas por Francia.

Cavour había logrado superar la *impasse* diplomática que bloqueaba en 1815 la cuestión italiana, pero lo había hecho al precio de ligarse a una sola potencia, antes bien, a la política personal de un solo soberano: la deficiencia era grave y se lo pudo apreciar en Villafranca, cuando todo el manejo de Cavour pareció despedazarse

y él mismo se halló al borde del suicidio. Pero las cosas seguían adelante y el plan de Plombières tomaba cuerpo en las esferas oficiales.

La gran política de Cavour

A principios del 59 Napoleón dijo al embajador austríaco: "Lamento que nuestras relaciones no sean todo lo buenas que desearía, pero os ruego escribáis a Viena que mis sentimientos personales para con el Emperador son siempre los mismos". Desde Turín, en la apertura del parlamento subalpino, le hacía eco Victorio Emanuel el 10 de enero: "Nuestro país, pequeño en su territorio, adquirió crédito en los consejos de Europa porque es grande por las ideas que representa, por las simpatías que el mismo inspira. Esta condición no carece de peligros, ya que, mientras respetamos los tratados, no somos insensibles al grito de dolor que de tantas partes de Italia se eleva hacia nosotros". Eran claras las palabras de guerra, entendidas como tales por toda Europa que trabajó febrilmente para conjurar el peligro y para preparar un congreso que resolviera pacíficamente la cuestión italiana. Pero la intransigencia austríaca salvó a Cavour: el famoso ultimátum del 23 de abril representaba aquella provocación prevista por la alianza franco-sarda y era justamente como dijera Máximo d'Azeglio, "uno de aquellos ternos de la lotería que ocurren una vez en un siglo". Y fue el 59: la segunda guerra de independencia y la realización de la unidad nacional, alcanzada mediante modos totalmente distintos de los previstos y preparados en el "año grande". Como escribía un coherente antiunitario toscano, el abogado Clemente Busi, "el cuarenta y ocho italiano fue revolución en el concepto civil, exaltando la idea de la libertad hasta las Constituyentes internas, pero conservó las tradiciones italianas al promover la liga y federación de los estados para obtener libertad y federación, el argumento de la independencia nacional. El cincuenta y nueve fue revolución en el orden nacional porque, exagerando el sentimiento de la unificación patria, abandonaba al despotismo antiguo el principio civil". En cambio, contrariamente a la opinión de los antiunitarios de todo color (clericales, legitimistas, republicanos) la unificación patria fue justamente el fermento del principio civil, que en el derrumbamiento de los tronos de *antiguo régimen*, se afirmó como elemento de progreso contra los ordenamientos del antiguo despotismo. Bastó que los ejércitos franco-sardos enfrentaran en campo abierto a las tropas de los generales austríacos para que Italia central se alzara en torno a aquella nueva fuerza nacional construída desde hacía una década por el trabajo político de Cavour.

Leopoldo huyó a Austria, Francisco de Módena y Luisa de Parma lo siguieron, Francisco de Nápoles asistía despavorido al derrumbe de su reino, el Papa debía resignarse a ver a sus estados septentrionales obedecer a los insurrectos al grito de "Italia y Victorio Emanuel", grito difundido en toda la península por la Sociedad Nacional y asumido también por Garibaldi. Cuando la guerra —luego de las victorias de Magenta y de Solferino— se detuvo en Villafranca, pareció por un momento que todo se hundía y que Cavour una vez más, como en la crisis siria de 1840, había hecho una jugada equivocada al intentar la guerra. Pero muchas cosas habían cambiado en el curso de aquellos veinte años y el mismo Cavour había tenido una parte no secundaria en el cambio de las mismas. Había aprendido a jugar en varias mesas y si la diplomacia había logrado darle jaque, siempre pudo contar con las alianzas revolucionarias y extrapolíticas que había sabido procurarse luego del congreso de París. La alianza con las Tullerías continuó funcionando; Cavour logró mantener viva la agitación en Italia central, donde halló —en Ricasoli y en Farini— colaboradores dignos de él, y dirigió las energías suscitadas, en parte inconscientemente, hacia resultados imponderables en la época de Plombières. Un reino autónomo de Italia central, aun bajo el "democrático" *Plon-Plon*, sólo se hallaba en los votos de los pocos antiunitarios y por lo tanto antinacionales. En efecto, el gran resultado de la obra de Cavour fue que, en 1860, quien se había unido contra la unidad se colocaba, por la misma fuerza objetiva de las cosas, contra la idea nacional; porque fueron Austria y los legitimistas quienes, luego del 60, auspiciaron la federación prevista en Plombières, como nueva demostración de que, en la historia, quien no sabe tomar a tiempo las ocasiones se halla siempre en la trinchera atrasada del progreso, aquel progreso que en Italia se llamaba unidad.

Luego que los plebiscitos consolidaron la posición piamontesa en Italia central, se puso nuevamente en movimiento la situación y se comprometió, en alguna medida, a Napoleón III contra los dictámenes de la *pax austriaca*; Cavour entendió que si bien los archiduques de Italia central habían estado comprometidos irreparablemente en el campo de batalla de Solferino, su posición era aún débil, porque una vez atravesados los Apeninos era difícil detenerse y hacer frente a las energías provocadas. Por lo tanto, supo realizar todavía un dificilísimo equilibrio: abordó a las fuerzas revolucionarias y democráticas pactando la cesión de Niza y de Saboya a cambio de Toscana, por otra parte, todavía abierta a las miras del príncipe Napoleón: al mismo tiempo dio via libre a Garibaldi hacia Sicilia, donde Villafranca hallaría su rescate definitivo y haría naufragar para siempre la perspectiva incumbente del congreso de Zurich, que hubiera llevado las cosas a la situación existente al comienzo del 59.

Garibaldi aceptó combatir por la causa sabauda y también Mazzini fue obligado a no obstaculizar la gran obra del estadista piamontés que, combatiendo contra la "vacía frase revolucionaria", logró darle un contenido concreto a la revolución burguesa de Italia. Él supo canalizar la empresa garibaldina dentro de límites aceptables a la diplomacia europea (lo que no quería decir, como se dijo, "diplomatizar la revolución"), creando situaciones objetivas que obligaron a todas las fuerzas del progreso a estrecharse bajo la bandera unitaria desplegada por la dinastía sabauda, ya libre de sospechas de políticas turbias, y reduciendo —por el mismo proceso objetivo de la historia— a todos los adversarios de la unidad monárquica y de la "fusión" con Piamonte en la misma escuálida trinchera de los legitimistas y de los sostenedores del poder temporal del papado.

Bibliografía

Para una lista de las obras que se refieren más estrictamente a la obra de Cavour, ver R. Romeo, *Del Piemonte sabaudo all'Italia liberale*, Turín, Einaudi, 1963, pp. 163-205.

La Comisión nacional italiana está aún trabajando en la publicación de los escritos, reunidos en el Archivo de Sentena y en el Archivo de Estado de Turín. En cuanto a la colección editada, ver el citado ensayo de Romeo. Entre ellos citamos: *Lettere edite ed inedite*, a cargo de L. Chiala, 5 vols., Turín, 1883-87; F. Ruffini, *La giovinezza del conte i Cavour*, 2 vols., Turín, 1912. Los volúmenes de las *Correspondencias* aparecios hasta ahora son: *Il carteggio Cavour-Nigra dal 1858 al 1861*, 4 vols., Bolonia, 1926-29; *La questione romana negli anni 1860-61*, 2 vols., Bolonia, 1929; *Cavour e l'Inghilterra*, 2 vols., Bolonia, 1933; *Carteggio Cavour-Salmour*, Bolonia, 1936; *La liberacione a mezzogiorno e la formazione del Regno d'Italia*, 5 vols., Bolonia, 1949-54; *Epistolario* (1815-1840), vol. I, Bolonia, 1962. Para los *Discorsi parlamentari*, ver la edición de la Nuova Italia de Florencia cuidada por Armando Saitta.

Obras generales:

L. Chiala, *Biografia del conte di Cavour*, Cuneo, 1855-57; R. Bonghi, *Ritratti e profili di contemporanei*, Florencia, 1935; W. De La Rive, *Le comte de Cavour, Récites et souvenirs*, París, 1862; H. von Treitschke, *Cavour*, Heidelberg, 1869; D. Zanichelli, *Cavour*, Florencia, 1905; W. R. Thayer, *The Life and Times of Cavour*, 2 vols., Boston-Nueva York, 1911; P. Matter, *Cavour et l'unité italienne*, 3 vols., París, 1922-27; A. Omodeo, *L'opera politica del conte di Cavour*, parte I (1848-1857), 2 vols., Florencia, 1940; Panzini, *Cavour*, Madrid, Revista Literaria.

Hoy mismo haga el canje de sus fascículos sueltos de **LOS HOMBRES DE LA HISTORIA** por los cuatro primeros tomos encuadernados.

TOMO 1: **EL MUNDO CONTEMPORANEO**, *con las biografías de Churchill, Einstein, Lenin, Gandhi, Hitler, García Lorca, Stalin y Picasso.*

TOMO 2: **LAS REVOLUCIONES NACIONALES**, *con las biografías de Lincoln, Darwin, Courbet, Dostoievski, Nietzsche y Wagner.*

TOMO 3: **EL SIGLO XIX: LA REVOLUCION INDUSTRIAL**, *con las biografrias de Freud, Van Gogh, Tolstoi, León XIII, Bismark y Ford.*

TOMO 4: **CRISTIANISMO Y MEDIOEVO:** *con las biografías de Carlomagno, Mahoma, Marco Polo, Francisco de Asís, Abelardo, Tomás de Aquino, Dante.*

Cómo realizar el canje

Usted debe entregar personalmente, y en las direcciones citadas, los siguientes fascículos de LOS HOMBRES DE LA HISTORIA:

Para el Tomo 1: los fascículos números 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

Para el Tomo 2: los fascículos números 8, 13, 15, 20, 22 y 27, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

Para el Tomo 3: los fascículos números 1, 10, 21, 24, 31 y 36, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

Para el Tomo 4: los fascículos números 7, 16, 25, 30, 34, 42 y 43, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

¡En el mismo momento en que usted entregue los fascículos recibirá los magníficos tomos!

Atención: Los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica con títulos sobreimpresos en oro y sobrecubierta a todo color.
Llevan una cronología y un índice general.

Si le falta algún fascículo, diríjase a su canillita; él tiene todos los números.

Todos los MARTES compre LOS HOMBRES de la historia y conserve los fascículos en perfecto estado.
Así podrá seguir canjeándolos y formar con los tomos encuadernados una valiosa Biblioteca de la Historia Universal a través de sus protagonistas.

Próximamente: aparición del quinto tomo.

CANJE POR CORREO

Si usted desea efectuar el canje por correo, deberá enviar los fascículos a

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA S.A.
Rincón 87 - Capital Federal

Agregue la suma de m$n. 600 - $6 por el tomo y m$n. 100 - $1 para gastos de envío, en cheque o giro postal a la orden del Centro Editor de América Latina S.A.

IMPORTANTE

Como los fascículos deben llegar en perfecto estado, tome todas las precauciones. Envuélvalos en cartón muy grueso o entre maderas o en una caja resistente de cartón o madera. No forme rollos.

Cuando usted tenga los tomos en sus manos, comprobará que ésta es una oferta excepcional que el CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA brinda a

Para realizar el canje personalmente, diríjase a:

CAPITAL

Librería GONZALEZ - Nazca 2313
Librería JUAN CRISTOBAL - Galería Juramento - Cabildo y Juramento - Loc. 1, Subsuelo
Librería LETRA VIVA - Coronel Díaz 1837
Librería LEXICO - J. M. Moreno 53
Librería DEL VIRREY - Virrey Loreto 2409
LIBROS DIAZ - Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440 - Locales 46 y 47
Librería PELUFFO - Corrientes 4279
Librería SANTA FE - Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928
Librería SEVILLA - Córdoba 5817
Librería TONINI - Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634
VENDIAR - Hall Constitución
Centro Editor de América Latina - Rincón 79/87

GRAN BUENOS AIRES

Avellaneda
Librería EL PORVENIR - Av. Mitre 970

Húrlingham
MUNDO PLAST - Av. Vergara 3167

San Martín
Librería DANTE ALIGHIERI - San Martín 64 - Galería Plaza

Villa Ballester
Librería EL QUIJOTE - Alvear 280 - Galería San José - Loc. 7

INTERIOR

BUENOS AIRES

Bahía Blanca
Librería LA FACULTAD - Moreno 95
Librería TOKI EDER - Brown 153
LA CASA DE LAS REVISTAS - Alsina 184

Garré
Ramón Fernández

La Plata
Librería TARCO - Diagonal 77 - Nº 468

Mar del Plata
Librería ERASMO - San Martín 3330
REVISLANDIA - Av. Luro 2364

Pergamino
PERGAMINO EDICIONES - Merced 664

CATAMARCA
MAURICIO DARGOLTZ - Rivadavia 626

CORDOBA
Coronel Moldes
CASA CARRIZO - Belgrano 160

CORRIENTES
LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO - 25 de Mayo, esquina Rioja

CHACO
Resistencia
CASA GARCIA - Carlos Pellegrini 41

ENTRE RIOS
Paraná
EL TEMPLO DEL LIBRO - Uruguay 208
Concepción del Uruguay
A. MARTINEZ PIÑON - 9 de Julio 785

MENDOZA
CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO - Galería Tonsa - Loc. A-26

MISIONES
Posadas
Librería PELLEGRINI - Colón 280 - Local 12 y 13

RIO NEGRO
Gral. Roca
QUIMHUE LIBROS - Tucumán 1216

SALTA
Librería SALTA - Buenos Aires 29

SAN JUAN
Librería SAN JOSE - Rivadavia 183 - Oeste

SANTA FE
Rosario
Librería AMERICA LATINA - Galería Melipal - Loc. 10 - Córdoba 1371
Librería AIRES - Entre Ríos 687
Librería LA MEDICA - Córdoba 2901
Santa Fe
Librería COLMEGNA - San Martín 2546
LIBRETEK S. R. L. - San Martín 2151
Rafaela
Librería EL SABER - Sarmiento 138

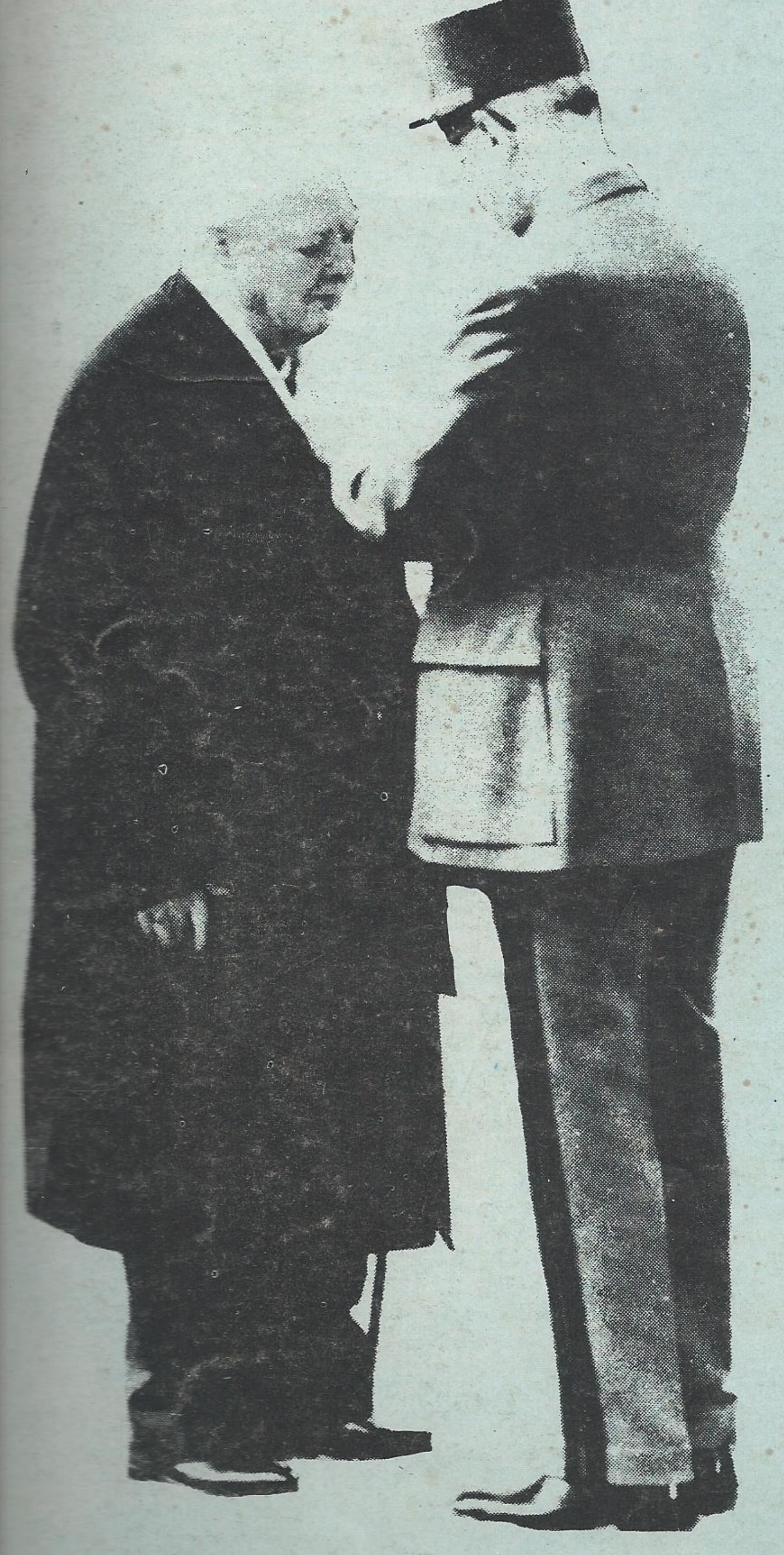
SANTIAGO DEL ESTERO
Librería DIMENSION - Galería Tabycast - Loc. 19

TUCUMAN
NEW LIBROS - Maipú 150 - Local 13



Centro Editor de América Latina

LOS HOMBRES de la historia



Continúan publicando las biografías imprescindibles para formar una Historia Universal más completa, más actual y que ofrezca un panorama integral del desarrollo de la humanidad.

Laplace, Juan XXIII, Pavlov, De Gaulle, Bertrand Russell, Cavour, Kennedy, Miguel Angel, Lutero, Lumumba, Washington, "Che" Guevara...

¡Y cómo siempre, siga canjeando todos sus fascículos por magníficos tomos encuadernados!

Ver detalle del canje al dorso

ARGENTINA:
Nº 101 al Nº 91 $ 1,50 m$n. 150.—

COLOMBIA: $ 7.- URUGUAY: $ 90
MEXICO: $ 5 VENEZUELA: Bs. 2.50